Leopoldo Lugones

—

La Torre de Casandra

BIBLIOTECA ATLÁNTIDA

LA

# TORRE DE CASANDRA

POR

LEOPOLDO LUGONES

BUENOS AIRES
1919

# La Torre de Casandra

TALLERES GRÁFICOS "ATLÁNTIDA" — PATRICIOS 249
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA ATLÁNTIDA

# LA TORRE DE CASANDRA

POR

LEOPOLDO LUGONES

BUENOS AIRES
1919

# OBRAS DEL AUTOR

## VERSO

| | |
|---|---|
| *Las Montañas del Oro* | (agotado) |
| *Los Crepúsculos del Jardín* | » |
| *Lunario Sentimental* | » |
| *Odas Seculares* | » |
| *El Libro Fiel* | » |
| *El Libro de los Paisajes* | » |

## PROSA

| | |
|---|---|
| *La Reforma Educacional* | (agotado) |
| *El Imperio Jesuítico* | (2.ª edición) |
| *La Guerra Gaucha* | (agotado) |
| *Las Fuerzas Extrañas* | » |
| *Piedras Liminares* | » |
| *Prometeo* | » |
| *Didáctica* | » |
| *Historia de Sarmiento* | » |
| *Elogio de Ameghino* | » |
| *El Ejército de la Iliada* | » |
| *El Payador* (tomo primero) | » |
| *Mi Beligerancia* | » |
| *Las Industrias de Atenas* | » |

## EN PREPARACIÓN:

*Las Horas Doradas*

## Advertencia preliminar

---

Casandra fué una profetisa troyana a quien nadie creía, no obstante la exactitud de sus anuncios. Este don contradictorio teníalo de Apolo, que frustrado por ella mediante un subterfugio habitualmente femenil cuya noticia hallará el curioso lector en cualquier enciclopedia, se vengó de tal suerte. Incómoda así para los mismos a quienes servía en vano, diéronle por celda una torre desde la cual presagiaba desoída : inconveniente nada extraño en el oficio de profeta. Casandra es, pues, la abuela clásica de los comedidos sin ventura, y creo inútil añadir que este vínculo familiar se robustece para los tales cuando agravian al poético dios rascando la lira :

*O ese hombre desvaría, o hace versos,*

dijo Horacio (1) que era de la hermandad.

---

(1) *Aut insanit homo, aut versus facit.* (Satira VII, lib. II).

Para explicar ahora cómo este libro tiene el nombre que le he puesto, debo mencionar su materia. Ella consiste en artículos y composiciones por medio de los cuales procuré que mi país se uniera a los pueblos aliados contra la barbarie del militarismo durante la pasada guerra. Es, pues, la segunda parte de *Mi Beligerancia*, que tuvo el mismo propósito, si bien con excepción de uno solo, no figuran los discursos que pronuncié en el Frontón Nacional y en el Parque Japonés de ésta, en las dos manifestaciones organizadas aquí por el Comité de la Juventud para pedir la ruptura de relaciones con el Imperio Alemán y para celebrar la victoria de los ejércitos aliados, en el Rosario y en La Plata ; pues no se tomó de ellos versión taquigráfica, ni yo hice por reconstruirlos sobre las crónicas.

Tratándose de acontecimientos históricos, cumple a la verdad consabida reconocer que la empresa fracasó. Las escasas ilusiones que hasta entonces pude abrigar sobre mi ingenio político, desvaneciéronse ante una realidad ciertamente útil para mi filosofía. Aquellas palabras tan vanas como ciertas, resultan confirmadas por los hechos cuando ya no sirven. Nuestras verdades, y nosotros mismos, somos como esas estrellas apagadas hace

muchos años, pero cuya luz sólo ahora nos llega.

Sucedió que todos nuestros políticos se equivocaron en la apreciación de los sucesos, dando por seguro el triunfo alemán. Fué lo único en que no discreparon el gobierno conservador y el radical que lo sucediera. El pueblo, como es natural, se equivocó junto con ellos, siendo el menos culpable por su grande ignorancia. Pero esto no lo exime de responsabilidad; pues fuera necio, además de vil, separarlo a tal efecto del gobierno que libremente se diera. La misma ruptura votada por el congreso, la desaprobó en las elecciones de renovación, dando el triunfo al partido oficial contrario a dicha medida y ruidosamente germanófilo.

Esto me parece explicable. El pueblo estaba envilecido por el lucro y ebrio con esa triste libertad electoral que goza en cuarto obscuro como un simulacro de mancebía. Pues según los políticos, así, ocultándose como para una mala acción, se manifiesta más vigoroso su albedrío. Creo otra cosa a mi vez de las paradojas democráticas, y ello por una razón : las dádivas del soberano, poco y nada me tientan ; pero me inspira profunda compasión su triste suerte. Y siendo él la mole y yo la partícula,

tengo la pretensión insólita de ser yo quien ha de dar. Así, cuando veo que lo engañan con esas paradojas, no puedo callarme, aunque sé también cuánto le agrada la ilusión mentirosa de su soberanía.

Todo esto demuestra mi infinita vanidad que reconozco sin vacilación ni arrepentimiento, antes añadiéndole la impertinencia de escribir cuando el soberano no puede leerme. Porque es analfabeto el infeliz para desgracia de mis pecadoras letras.

Esto va, pues, contigo, amable lector, que siendo minoría puesto que sabes leer, no podrás siquiera vengarte eligiéndome diputado y poniendo así en contradicción mis principios falaces con mi desmedida concupiscencia del poder. Porque claro está que reconociendo tu perspicacia, te autorizo a creerlo si lo pensaste

Déjame, al propio tiempo, claro lector, glorificarme de algunos versos que te induzco a leer porque son breves. Ellos revelan — y tal es mi gloria — con qué fervor creí en el triunfo de Italia durante los amargos días de Caporetto, pues *La Visión del Aguila* que lo anticipa en todo su esplendor, es de entonces; y con qué indomable amor comprendía la victoria de Francia, cuando el 14 de julio de 1918, durante lo más recio del ataque alemán,

a la misma hora del peligro supremo, cantábala coronada por el laurel de los vencedores en Nôtre Fête y pronta para el talión definitivo por la buena obra de su vieja Durandal: Le Charme de France. Que el poeta, generoso lector, pone en sus versos lo mejor de sí mismo.

Por esta causa, el libro empieza con versos franceses en los que hallarás nuestro magnífico *¡oid mortales!* que allá lo puse como lo más digno de Francia al serlo de la Argentina. Verás que es también lo más valioso de la composición, por la grandeza que oportuno evoca; y con esto y un poco de tu indulgencia, habrás colmado, paciente lector, mis votos.

---

## Le jour de France

---

*Oyez, mortels*, le jour de France,
Partout où fleurit la beauté,
C'est le jour clair de l'espérance,
Le saint jour de la liberté.

Par temps gai ou saison austère,
Mais toujours rebelle à l'ennui,
Notre douce France est la terre
Où ne règne jamais la nuit.

Avant que le soleil n'effleure
L'horizon, par champs et par bois,
Du jour éternel sonnent l'heure
L'alouette et le coq gaulois.

Il rayonne du sang du brave
Que l'affront barbare a lavé.
Par son effort tragique et grave
« Le jour de gloire est arrivé ».

Et ce sont, sous ce jour de France
Tout frais comme l'or du genêt,
Un soir qui pâlit, la souffrance,
La mort une aube qui renait.

## La nueva civilización

(Agosto de 1917)

---

Encabezada por los Estados Unidos como era justo y natural, la democracia organiza, inevitable, el descalabro del germanismo. Para lograr este fin ha creado un valor nuevo, superior a la potencia militar que es la expresión sintética de la cultura germánica : la liga de las naciones fundada en el honor. El idealismo americano, que filosóficamente hablando, es una iniciativa francesa, alcanzará en el terreno de los hechos insuperable eficacia, sólo con haber extremado la generosidad de su concepto caballeresco. Nunca estuviera el mundo más gobernado por el espíritu, ni se probara mejor la superioridad del idealismo en que consiste ese gobierno.

Véase, en efecto, lo que son las constituciones americanas y lo que se proponen. Mien-

tras en el viejo mundo todas las cartas anteriores a la de los Estados Unidos reglamentan pactos puramente locales y definen principalmente relaciones económicas entre el soberano y los súbditos, aquélla se propone organizar la libertad, asegurar la justicia, garantir la prosperidad como bienes humanos a que todo hombre tiene derecho, sólo con ponerse en su jurisdicción. La noción rusoniana del « contrato social » prepondera en ella bajo su verdadero concepto, que no es nacional, sino humano. Así, lo que a poco la Revolución Francesa establece como fundamento constitucional, es la declaración de los derechos del hombre. La constitución argentina formula expresamente en su preámbulo esa obligación para con « todos los hombres del mundo ». Y en dicha cláusula, como en la de los Estados Unidos cuya cuasi copia es, no hay más que ideas y ningún hecho; no hay más que promesas y ninguna obligación compensadora: « constituir la unión, afianzar la justicia, consolidar la paz, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad ». La pedantesca gente que sonríe compasiva ante el idealismo, y no cree sino en los hechos consumados, tiene ahí definido con lacónica sen-

cillez el arte de fundar naciones. Y no teórico, no siquiera excepcional en la singularidad de un éxito aislado, sino evidente a plazo breve, y repetido en sendas construcciones de asombrosa prosperidad.

Ahora, con el mensaje de Wilson, la jurisdicción benéfica que asegura la justicia, organiza la libertad y garantiza la prosperidad, se extiende sobre el mundo entero. La civilización inaugurada por las revoluciones emancipadoras de América alcanza su expansión definitiva. De fórmula idealista, pasa casi inmediatamente a ser hecho; mas aun cuando no pasara, inferimos que así ocurriría, porque lo hemos visto en los países fundados sobre dicha fórmula.

La comunidad de las naciones está creada y ya actúa. Cuando el germanismo salga de su clausura actual, aunque sea abriéndose paso con la espada victoriosa, hallará al mundo organizado así. Y una de dos: o se adaptará a esta nueva organización del mundo, o se arruinará en el aislamiento.

Una de las cosas más curiosas en apariencia, es que precisamente las fuerzas menos sensibles al idealismo son las que primero se organizan bajo su nueva fórmula. Existe ya, en efecto, un estado económico perfectamente dis-

tinto del que imperaba en el mundo hasta 1914, constituído bajo el doble concepto de la cooperación y de la permanencia. Es una cosa fundada, que gobernará los cambios, regirá el crédito, distribuirá los frutos del trabajo en todo el mundo. Inaccesible al poder de la espada, ningún triunfo militar podrá con ella. Esto demuestra la compatibilidad del idealismo con dichas fuerzas, y la eficacia de su gobierno sobre ellas. Si son ellas quienes se han modificado primero, es porque aquél, como todo buen constructor, empezó por disponer el material de los cimientos.

La concepción demasiado elemental, y con ello bárbara, de la guerra predatoria, está definitivamente fracasada, aun en el triunfo. Así recibe el materialismo su golpe mortal, y el militarismo deja de ser expresión sintética de cultura para los propios germanos.

Esa liga del honor fundada por Wilson, asegurará a las naciones la paz que hasta ahora ha sido imposible. Sólo ella podrá conseguirlo, y ésta es otra característica de la nueva civilización.

Después de la catástrofe en que el mundo antiguo sucumbió al poder de los bárbaros, el cristianismo intentó la conciliación persiguiendo «la concordia de los fieles». Creyó—

y sea dicho en honor suyo—que bastaba la comunidad de la fe para establecer la fraternidad. Veinte siglos de guerra siniestramente coronados por el cataclismo actual, bastan, sin duda, para desvanecer aquel error generoso. Había que dar un paso más, fundando la concordia de las naciones en un principio racional, no en un sentimiento. Ese principio es la justicia definida como razón moral del universo por la filosofía griega ; la justicia en cuya virtud basta ser hombre para tener todos los derechos de tal doquier se halle uno.

Pero esta noción estoica del « género humano » es superior al cristianismo que privilegia con la fe y al germanismo que privilegia con la patria. « Fuera de la iglesia no hay salvación », dice el primero. « Mi necesidad no reconoce ley », afirma el segundo. Para el cristianismo, la entidad humana superior es el cristiano ; para el germanismo el germano lo es. Para la civilización futura, la entidad humana superior será el hombre. Lo será efectivamente, tal cual está formulado en la constitución argentina, y tal cual, para honra nuestra, practicámoslo ya.

He aquí cómo es inexplicable nuestra demora en ingresar a la liga de las naciones de honor, que así se llama porque dicha virtud consiste

en reconocer la justicia aun contra sí mismo.

Si se tiene celos de que los Estados Unidos la iniciaran, ellos son injustos. Los Estados Unidos tenían que iniciarla por la sencilla razón de haber sido quienes formularon primero, hace cerca de siglo y medio, el concepto de la nueva civilización, y quienes mejor practicaron su doctrina. Por otra parte, si no lo hicimos nosotros como habríamoslo podido a mi ver, no fué porque nos lo impidieran los Estados Unidos. Entonces como ahora fué perfecta nuestra libertad.

Tal como el éxito de la nueva civilización es ya un hecho que comporta el descalabro también seguro del germanismo, la situación de los países que se mantengan neutrales resulta clara. Tendrán que marchar, precisamente, a la zaga que quisieron evitar con el neutralismo ; y esto no durante unas cuantas décadas, sino por siglos y siglos : tantos de ellos como dure la nueva civilización. Y las civilizaciones suelen ser milenarias.

Pues la guerra actual no se parece a otras guerras parciales cuyos efectos era posible eliminar en algunos años, al hallarse circunscritos por la organización de un mundo que continuaba viviendo como antes; sino que ha iniciado una nueva organización del mundo

entero. Excluirse de ella es, así, un fracaso definitivo que nada ni nadie podrá remediar después.

Ni tiene el gobierno por qué vacilar o retraerse en dar a la nación su puesto correspondiente, ni para qué preguntar nada a su pueblo. Aquello está determinado por una tradición invariable, formulado por nuestra constitución, impuesto por nuestra propia conveniencia. El honor y el interés, el presente y el pasado coincidirían en nuestra determinación.

Qué cosa tan extraña esta actitud argentina de aislamiento caviloso, de huraña soledad en el concierto de las naciones donde siempre alzara con tanta gallardía su voto y su voz! Débil y pobre, echóse la nación a redimir pueblos y salió bien de la empresa. Fuerte y rica, se abstrae ahora, cuando tocan otra vez a libertad, vuelve la espalda a su destino en plena ascensión gloriosa, niega la evidencia y se reniega con la doctrina que hasta hoy, sin excepción, ante el mundo sustentara.

Y mientras tanto « huye el tiempo irreparable », como decía el latino. Nuestra arca de salvación se rezaga. La calma engañosa nos va tragando. La calma! Hay, acaso, nada que engulla con tanta suavidad como la boca de terciopelo de la sombra?...

## Ruptura inevitable

(Setiembre de 1917)

---

Cuando en abril del corriente año los Estados Unidos declararon la guerra al imperio alemán, fué fácil comprender que la neutralidad tornábase para nosotros imposible. El gobierno hubo de entenderlo igualmente al parecer; y desde entonces, curioso es comprobarlo, se puso a violarla sin remisión, mientras declaraba que no lo haría.

Esto último era sin duda su intención; pero los acontecimientos que conmueven al mundo, y la opinión del país, cada vez más activa, dispusieron otra cosa. El gobierno, aquí como en todas partes, empezó a ser gobernado por aquellas dos fuerzas, puesto que él se obstinaba en no gobernarlas tal cual eran su conveniencia y su deber, adoptando una actitud esquiva cuya comprensión nos resultaba difícil.

Percibíase fácilmente en la conducta oficial un interés tan porfiado como avizor de diferir, aun cuando no fuera más que durante algunas horas ; lo cual, con el aumento de resistencia, acentuaba por contraproducente acción la visibilidad del remolque. Así, para no citar más que un hecho, cuando la invitación a la escuadra americana. El gobierno mostró una cavilosa preocupación de originalidad : la idea era suya, suyos el procedimiento y el éxito. Siendo esto, precisamente, lo que se buscaba, con un desinterés y una buena fe patriótica que el gobierno nunca entendió — y tanto peor para él — fácil nos fué disimularnos tras la levita oliente a plancha del convidado tardío. Y por creer lo mejor, pues tal es el deseo primordial de todo hombre honrado cuando se trata de su país, supusimos que el gobierno había acabado por entender.

La recepción popular nos desilusó casi de inmediato.

El gobierno negóse a decretar feriado el día, ocultó mal su displicencia, hizo a ojos vistas todos los esfuerzos contrarios al éxito de la manifestación. Esta resultó grandiosa como ninguna. El movimiento espontáneo e inolvidable del Colón aquella noche, la cariñosa fraternidad de la calle, a la cual no fueron

obstáculos el tiempo inclemente ni el idioma distinto, definieron con inequívoca claridad cuál era el estado de la opinión. Ahí sufrió el gobierno su primera derrota.

Durante los últimos actuales días, en el congreso y en el mitin popular, se ha buscado otras con igual pertinacia y las ha conseguido con idéntica amplitud. Está en su derecho. Ha querido a toda costa hacer del germanófilo y alardearlo. No le disputaremos ciertamente tan delicada inclinación.

Mas tampoco le toleraremos que intente transformarnos este grandioso movimiento en un episodio de política interna cuyo objeto sería él. Que lo haga por megalomanía o por incomprensión, tanto da. Con la misma virilidad que ponemos en comentar sus errores, declaramos que el gobierno no nos importa, como no sea para propender a su acierto y a su dignificación en los cuales va implícita la suerte del país. Y esto es todo.

Por lo que a mi respecta, yo no hago política ni la haré porque me repugna. No busco popularidad, ni la quiero, ni me interesa ; y si necesitara pruebas de ello, las daría con mi silencio de veinte años como orador, con mi obra de escritor, con mi bien conocida posición

filosófica. Y basta de mí porque el tema me es singularmente ingrato.

Igual despreocupación política he notado en el movimiento de la juventud al cual me incorporé considerándolo un deber de la honra. El presidente del comité juvenil es radical militante. Los jóvenes han evitado intencionalmente que se mezclara a sus deliberaciones ninguna personalidad política, o que llevara su palabra. Han procedido con un desinterés, una mesura, un sentimiento de su responsabilidad verdaderamente admirables. Parecía que de esta suerte, un éxito tan suyo, tan generoso, tan puro, no tenía por qué ofender al gobierno.

Pero el gobierno se enfadó.

La policía lanzada a la calle con violencia brutal; la negativa del permiso para manifestar en día festivo, bajo fútiles pretextos; la tolerancia ante una inicua guerra contra los carteles de propaganda, en la cual llegó a abusarse — pues otra cosa no es creíble — de la firma de un general de la nación; los desesperados esfuerzos de la diputación oficialista para extraviar al pueblo con la gárrula sonaja del « régimen », el « oprobio », la « era nueva » y demás tonterías sin imaginación y sin sal; el « fracaso » del mitin, anticipado como una

palabra de orden: nunca se puso mayor empeño en contrariar una actitud ni se obtuvo un resultado más adverso.

Aquellas docenas de miles de hombres, en las cuales a despecho de otra información oficialista, predominaban enormemente los elementos nacionales y juveniles, no tuvieron para el gobierno una palabra de reprobación ni de aplauso. El gobierno quedó inadvertido y así resultó más alto el decoro de la manifestación.

Mientras tanto el neutralismo se mueve. Fácil es inferir que obtendrá para el sábado el permiso que los otros no consiguieron; que contará con los trenes y los tranvías suburbanos paralizados para estos últimos con notable desventaja; con la colaboración más o menos visible de asociaciones políticas como los centros católicos de obreros y otras quizá...

La prensa alemana de todo pelaje se ha puesto de un gubernismo fanático. Su radicalismo es conmovedor. Curioso fuera saber cómo aprecia el gobierno — tan nacionalista — este arrebato de «argentinidad».

Mas no conjeturemos ni nos divirtamos con cosas tan afligentes.

El error del gobierno es visible, y facilísima su interpretación psicológica. Lo que más lo preocupa es la popularidad callejera o plebis-

citaria cuyo monopolio creía ejercer. Lo que más lo resiente es la falacia de su « triunfo diplomático » que nadie, sino los mismos alemanes, se encargara de consumar. A poco más, se encuentra en la situación de aquellas personas que salen dando contra quien les hace el servicio de advertirles un peligro para su honor. El gobierno siente mortificado su orgullo, sin reparar que no hay mengua para el hombre de bien en padecer el engaño de un miserable. El exceso de importancia que se atribuye sin disimulo, perturba su raciocinio.

Por otra parte, empeñado durante tantos años en una lucha de pasión y de violencia cuya innegable buena fe no excluye por cierto la condición genérica, lo que consiguió crear en su partido fué un sentimiento y no una conciencia: que esto último es obra del raciocinio concreto y del análisis causal.

El sentimiento enunciado, que es la fe, excluye las vacilaciones en quien lo causa. Este debe saberlo todo, y saberlo mejor que nadie. La operación de modestia filosófica que consiste en corregir nuestras actitudes cuando las notamos inadecuadas, es perjudicial a la fe, porque constituye un raciocinio variable sobre posiciones relativas.

Así el gobierno actual nunca sabe decidirse.

Amaga y tantea, buscando sin duda en el comentario la indicación que más ha de convenirle. Esto es bueno en sí, pero moroso e inseguro. Valiera más tomar el frecuentado camino de la publicidad democrática, gobernar en una palabra con la opinión pública que no siempre y forzosamente coincidirá con los intereses de partido, pero que constantemente es superior en inteligencia a cualquier gobierno.

Si tal ocurriera, he ahí el momento indicado para la conferencia de notables que no desdeñaron reunir nuestros grandes presidentes, comprendiendo con nunca menguada altura los merecimientos del patriotismo argentino.

Pero mientras se viva de fe, esto será imposible. Preguntar algo, aconsejarse, discutir siquiera, presume una vacilación. Y la fe se arruina. Todo equilibrio vital es oscilante, con lo que consiste en una permanente recomposición. Tal por ejemplo la política que es un fenómeno de esos. Mas para lo rígido, sea ello dogma o ídolo, toda vacilación comporta una amenaza de caída. De ahí el *ne varietur* religioso y despótico.

Desgraciadamente para los dogmáticos y los idólatras, el gobierno es un estado de lógica racional: un « régimen », vamos al decir. Y por ello resultan más útiles al gobierno los

que difieren razonando que los admiradores sentimentales.

Razonemos, pues.

La pertinacia del gobierno en desoir a la opinión y al congreso donde insospechables votos radicales excluyen todo propósito de hostilidad, estriba en un solo punto: el gobierno considera creíble la palabra alemana de explicación.

Entretanto, nadie la ha descalificado con igual rigor ni le ha infligido un agravio más certero — y más merecido.

Al secuestrar la correspondencia diplomática del imperio alemán para ponerla bajo la clave conseguida por un enemigo de dicho imperio, nuestro gobierno declara, no con frases sino con hechos de extrema gravedad, que la palabra de aquél es sospechosa y embustera. No acepta, pues, sus explicaciones, aunque lo diga, creyendo exactamente lo mismo que el congreso y que la opinión.

Es de suponer, dada la psicología germánica, el rencor que Alemania ha de guardarnos por semejante humillación. Esto es ya mil veces peor que cualquier ruptura. Pero como es también desacertado, va a ponernos mal ahora con los países de la alianza, preparándonos para mañana graves conflictos con el teutón.

Así, gobernado por los acontecimientos, el gobierno va mucho más lejos de donde quería ir. Porque gobernar, que substancialmente significa dirigir el barco, no consiste en navegar contra el océano y el viento, sino con ellos, hasta cuando parece que se los toma de través.

Nada extraño fuera por lo demás, que la misma Alemania, dándose cuenta al fin de este estado irreparable, arriesgara políticamente el paso de la ruptura. Políticamente, digo, porque si la iniciativa de este acto nos correspondiera, tendría un efecto descorazonador sobre el pueblo alemán, así acosado por un nuevo enemigo ; mientras que de lo contrario resultaría alentadora jactancia y exhibición eficaz de fuerza. Esto puede ser, quizá, inminente, y vale la pena indicarlo al gobierno, aunque lo desoiga, como lo hizo cuando se le advirtió la sospechosa anomalía en las comunicaciones del ex ministro alemán. Entonces, al desacierto agregaríamos el ridículo, y sin evitar el conflicto que no podríamos absolutamente eludir, habríamos consumado nuestro irreparable aislamiento.

Una socorrida fórmula de « argentinidad », *made in Germany* naturalmente, pretende que debemos ser y conservarnos « exclusivamente argentinos ». Esto es una falsedad his-

tórica, una imposibilidad actual y un peligro gravísimo.

Fuera de la empresa de emancipación que siempre nos compluguimos en considerar americana, nuestra gran tiranía la derribamos unidos con el Uruguay y con el Brasil. La otra que asolaba al Paraguay, la combatimos aliados con las mismas naciones. Nuestra doctrina de paz y de justicia que Drago formuló dándole su nombre, fué originariamente un acto de solidaridad con la lejana Venezuela. En ningún caso lo hicimos por bienes materiales, siquiera fuesen ellos la reivindicación territorial o la seguridad comprometida, y en eso consisten precisamente nuestra dignidad y nuestra gloria.

Hay por otra parte algo mejor que ser argentino, y es ser hombre justo. De otra suerte, resultaría que basta nacer aquí para disfrutar la máxima perfección: idea chinesca sobre cuya ridiculez juzgo innecesario detenerme. Así como uno quiere a su madre más que a cualquiera otra mujer, sin creerla por ello la más inteligente ni la más hermosa, quiere también a su patria. Y la idea de trabajar para su engrandecimiento, le viene de quererla así: de acuerdo con la razón que lejos de aminorar robustece los nobles afectos.

El peligro, para no suponer cosas peores,

puede medirse por esto: el Uruguay romperá sus relaciones con Alemania de un momento a otro. Me consta. Si nosotros no lo hemos hecho hasta entonces, perderemos su colaboración fraternal ofrecida con tanto desinterés, y lejos de tener su compañía quedaremos a su zaga. Y lo que es peor, habrémoslo merecido.

Créaseme, por último, que sólo la extrema gravedad de las circunstancias me induce a hablar en esta forma. Alguien tenía que arriesgarse con el gobierno, expuesto quizá por exceso de silencio a las más horribles sospechas, si hay riesgo acaso en exponer virilmente la verdad ante compatriotas de cuya buena fe nunca he dudado. No lo creo, y por lo tanto no lo considero meritorio ni excepcional.

El gobierno padece un error de concepto, quizá más respetable en su propia difícil obstinación. Está prefiriendo el triunfo verbal que le adereza la diplomacia alemana, al que le prepara su pueblo, impaciente de peligro dignificador, de solidaridad sin ambages en la injuria y el desagravio. Está haciéndose mala sangre en el cuartito de las prestidigitaciones diplomáticas, donde acaban por parecer maravillas los « guiñapos de papel », los figurones de bambalina, las charadas de la clave. Pinta lujo con su retardo, como los advenedizos para

simular la familiaridad del drama que nunca vieron. Y todo esto es chico, evasivo, taimado, y duele en el alma tenerlo uno que decir.

Duele porque es de la patria y la representa, cosa de uno al fin, gente patriota y sana que incurre en el error de tomar por transcendental lo enmarañado, de creer que la verdad, para buena, ha de ser amarga; que el acto, para honroso, ha de contrariar a éstos y aquéllos; que la salud moral excluye la vida dichosa; que la independencia del juicio requiere el aislamiento, cuando éste es precisamente un castigo de presidiario, como si no tuviéramos día a día, en cielo y bandera, la franca lección del sol, que nos enseña a ver en la rectitud de la luz la perfección de la transparencia.

---

## La última coyuntura

(Octubre de 1917)

---

Al declarar los Estados Unidos la guerra contra Alemania, por aquellos motivos de honra cuyo resultado inmediato fué constituir la liga de las naciones bajo el mismo principio, creí llegado el momento de que nuestro país ingresara en ella rompiendo sus relaciones diplomáticas con el imperio alemán.

No se conocía aún el hundimiento del *Monte Protegido* que por un instante preponderó como hecho causal en el ánimo del pueblo, ni los otros actos de piratería, ni los ya famosos despachos del ministro alemán. Esto quiere decir que para mí a lo menos, existía un motivo superior, ajeno a todo carácter circunstancial. Ese motivo existe aún, y así téngolo expresado en mis últimos artículos : es nuestra posición moral como entidad democrática

y como nación monitora en la América latina.

Bajo tal concepto, el interés de la ruptura estriba en nuestro ingreso a la liga de las naciones, no en un conflicto eventual con Alemania. Este podía o puede comportar en un momento dado la determinación inmediata; mas el significado y la transcendencia de nuestra determinación provendrían de aquel estado moral.

Reducir el asunto al conflicto supuesto, es no entender lamentablemente lo que para nosotros resultaría tomar el sitio debido en la liga de las naciones; vale decir situarnos allá voluntariamente, por pura adhesión de nuestra conciencia nacional a los principios que el imperialismo germánico reniega, no arrastrados por la violencia de este mismo en una forma inevitable.

Nuestro gobierno, a lo que parece, preferiría esto último, creyendo dejar así más intacta la soberanía; pero tal creencia constituye un error materialista que se obstina en seguir negando el carácter universal y las consecuencias no menos generales de la guerra, así como su naturaleza de conflicto entre las potencias de opresión contra el espíritu de libertad. La posición contraria amplifica como

va a verse el concepto de nuestra soberanía, porque le da, o vuelve a darle, mejor dicho, un valor americano, tal cual siempre lo tuvo para su bien. La fórmula del « argentino exclusivo », por sinonimia entre « argentinidad » y « soledad », es antiargentina. Desde 1810 hasta ahora, tanto como argentinos fuimos americanos y nos gloriamos de ello. Reconocimos siempre como un deber nacional la fraternidad efectiva con los pueblos de América. Nuestro último grande acto en la materia, la doctrina de Drago, fué una espontánea ayuda para salvar a Venezuela de la humillación. Creíamos que nuestro mejor resguardo estaba en proteger el derecho de todos los pueblos hermanos del continente. Al « monroísmo » que esta misma cosa es, habíamoslo así adoptado y extendido. La doctrina de la grande hermana del norte obtuvo con ello nuestra libre cooperación, creándonos deberes recíprocos que dejamos de cumplir al no acompañarla en su actual conflicto. Y de este modo nuestra soberanía vino a hallarse en oposición consigo misma.

Ahora bien : la liga de las naciones reconoce por fundamento el derecho de todas ellas a vivir con independencia, cualesquiera que fuesen su magnitud y su poder. Es la gene-

realización al mundo entero del principio americano.

Tan fecundo es él, tan nuestro por esencia, tan irrevocablemente vinculado a nuestra constitución de pueblo libre, que aun renegado a medias por nosotros, todavía nos ofrece la última coyuntura para no quedarnos del todo en la soledad.

Los países americanos han sufrido particularmente en sus relaciones con Europa, un estado efectivo de minoridad o de menosprecio, a cuya virtud las potencias reservábanse como un derecho inconcuso la intervención militar sobre ellos para hacerse justicia por cuenta propia, aun cuando sus tribunales la hubieran ya pronunciado, y más que se tratara de diferencias entre dichos estados y los particulares europeos. El tal « derecho » comporta todos los géneros de presión, desde el reclamo y la amenaza reservados, que suelen ser los más usuales, hasta el atropello visible que agrega el ultraje a la iniquidad.

Ya la doctrina de Drago había hecho triunfar casi enteramente en el mundo la abstención concerniente al cobro compulsivo de las deudas internacionales. La coyuntura a que me referí, consistiría en que la República Argentina exigiera como condición para romper con Ale-

mania y abrogar su neutralidad respecto de las naciones aliadas, no sólo el reconocimiento expreso y total de aquella doctrina por parte de éstas, sino la promesa absoluta de no intervenir jamás por la fuerza cuando se susciten diferencias de carácter económico entre un particular europeo, sea éste individuo o empresa, y un país americano. Y como en tales casos precisará recurrir al arbitraje, esto generalizaría para bien de toda la América otro principio argentino que habríamos conseguido imponer al mundo como un doble nuevo fundamento de la liga del honor. Nuestro solo ingreso a ésta resultaría ya una colaboración tan preciosa como eficaz, y nadie podría decir entonces que lo habíamos hecho por egoísmo o a la fuerza de las circunstancias inevitables. Entraríamos, pues, como gran potencia, recobrando inmediatamente el papel de nación monitora que estamos a pique de perder, y congraciándonos una vez más con nuestra América hoy recelosa o esquiva. No nos queda ya otro recurso para escapar al terrible dilema de la subordinación o el aislamiento.

No nos queda otro, pero éste es magnífico en verdad, y produciría un grande efecto inmediato: que acto continuo la América to-

davía neutral nos acompañaría sin discrepancia. La América, empezando por los Estados Unidos que aprovecharía seguramente la ocasión para liquidar más de un asunto enojoso.

Advertiré que si digo « seguramente », es porque tengo motivos para pronosticar un éxito.

En todo caso, nada se perdería con ensayar una conversación al respecto. Nuestro país, sólo con esto, levantaría ya inmensamente su prestigio en América. Igualaríase con los Estados Unidos en el terreno donde puede hacerlo, que es el de los principios libertadores y generosos. Resultaría el más alto colaborador de la obra wilsoniana. Pondría digno remate, dándole su debida culminación, a la obra de Mayo. Y si el éxito, como es indudable a mi ver, coronaba su iniciativa, habría empezado en plena guerra la obra de paz, poniendo para su eterna honra el bien de América por precio de su peligro.

———

## Sendero de perdición

(Octubre de 1917)

---

A veinticuatro horas de diferencia, el Perú y el Uruguay han roto sus relaciones con Alemania. No se dirá que el doble suceso fué imprevisto, pues hubo quien lo anunció pocos días ha, y ello no en virtud de comunicaciones reservadas, siquiera fuesen indirectas, sino por mera contemplación lógica de la actualidad y de los problemas americanos.

El panamericanismo, como lo sostengo desde mucho tiempo atrás, pero más particularmente desde que en el pasado abril declararon la guerra los Estados Unidos, no es, pues, una fórmula diplomática, sino un hecho histórico iniciado por la emancipación de ambas Américas y definido por los tres resultados políticos que ella nos trajo : la democracia continental, la igualdad ante el derecho y la armonía con-

siguiente de las naciones, que resulta por sí misma un estado de conservación; pues armonía quiere decir unidad constituída por elementos desemejantes en correspondencia simpática o equilibrio orgánico. Así una creación musical, un ser vivo, un concierto de naciones. Y bajo tal concepto, para sostener la igualdad del derecho en la diferencia material de las naciones emancipadas, tan grande como ésta es, por ejemplo, entre los Estados Unidos y San Salvador, fué necesario que cada una de aquéllas asumiera la responsabilidad proporcional de la defensa en caso necesario. Los Estados Unidos lo reconocieron solemnemente con la doctrina de Monroe cuya significación es esa y no otra alguna. Nuestro país hizo lo propio hasta los infaustos días presentes en que una serie de errores va lanzándonos por la vía de perdición.

No es posible ya dudar que el presente conflicto de las naciones se define como una lucha suprema entre las potencias de opresión y la democracia. Aun cuando así no hubiera sido desde el comienzo, que sí lo fué, la posición tomada sucesivamente por los países del mundo entero habría formulado el dilema. Y como la democracia es, según creo tenerlo demostrado con mucha anticipación a la guerra actual,

el estado natural de existencia para las naciones americanas, la intervención de los Estados Unidos definida con tanta claridad conceptual por el presidente Wilson, planteaba a nuestra conducta, hasta entonces pasiva, este otro dilema: la solidaridad o la deserción.

El gobierno argentino intentó eludirlo bajo un pretexto insostenible: que no podíamos marchar a la zaga de los Estados Unidos. Pero es que aceptado hasta entonces el principio de la responsabilidad proporcional a las fuerzas de cada nación, no nos habíamos pronunciado esperando la resolución de aquélla. Era la política razonable que por lo demás había adoptado toda la América: el sostén y la ratificación de la armonía en que consiste el panamericanismo. Tratábase de una cuestión de turno y no de una subordinación, puesto que el objeto mismo de aquella actividad concorde, era y es la igualdad de todas las naciones americanas ante el derecho.

Los Estados Unidos tenían que encabezar el movimiento panamericano, al ser los más fuertes y también los que más exponen. Pretender la igualdad de hecho con ellos un país de ocho a nueve millones de habitantes, para no mencionar sino la diferencia más innegable,

y la que explica todas las otras, era un absurdo evidente. Un absurdo y una incomprensión fundamental del problema, puesto que el hecho adquiría preponderancia circunstancial, precisamente para resguardo del derecho. Nuestro turno llegaba, y así lo comprendió el Brasil de inmediato, ocupando su puesto de honor y de peligro. Sostúvose entonces que a nosotros nos faltaba para pronunciarnos el hecho inmediatamente causal. Después lo hemos tenido — y bajo qué cariz — sin el efecto esperado. Quiere decir, pues, que se trataba de un pretexto dilatorio. Por último, se sale con el peregrino argumento de que no habiéndonos pronunciado cuando la invasión de Bélgica y el fusilamiento del cónsul en Dinant, ha pasado la oportunidad de hacerlo. Tanto valdría sostener ante la comprobación de un error la obligación de seguir errando. Pero todo esto resulta un efugio mucho más incomprensible todavía en quienes citando aquello para motejarlo de baldón, lo toman sin embargo como aceptable precedente.

Todas las naciones que marchan concordes, aceptan por más oportuna o conveniente la iniciativa de una de ellas en casos análogos al actual, sin rebajarse con esto. Así respecto

a nosotros mismos nuestra generosa hermana la República del Uruguay, lo cual no le ha impedido proceder a tiempo y por cuenta propia. Mas aquello de la zaga era un decir y los Estados Unidos no se molestaron por eso. Comprenderían que el panamericanismo no es para inventado con palabras, y disimularían esa jactancia pueril, magnánimos como siempre en la conciencia de su fuerza.

Entretanto el gobierno púsose a fabricar por su cuenta un panamericanismo neutralista cuyo menor defecto fué el aborto en el huevo. El momento, por lo demás, no podía estar peor elegido ni comportar una desarmonía más incómoda con la gran nación del norte. Tanto la prensa de esta última, como la europea de más significación, denunciaron aquel plan, atribuyéndole el propósito de destruir la armonía panamericana. Y efectivamente: no sería esa la intención, pero asimismo resultaba de suyo.

Pudimos creer un momento en el abandono de tan descabellada iniciativa. He aquí que renace en medio de un fracaso que es ya derrumbe, como si en vez de evitar nuestro aislamiento, siquiera con el disimulo, tuviera el propósito de acentuarlo todavía.

El Perú y el Uruguay eran nuestros dos

afectos principales en América. Ambos esperaban nuestra decisión con la suya tomada ya, y el último nos lo manifestó el otro día expresa y públicamente. Lo que no había hecho de consuno con los Estados Unidos ni con el Brasil, deseaba efectuarlo con nosotros en fraternal comunión. No solamente permaneció sordo nuestro gobierno a semejante prueba de afecto, sino que siendo los portadores del histórico mensaje dos legisladores de posición eminente en lo social, lo intelectual y lo político : un diputado y un senador de las mayorías de ambas cámaras, no tuvo para ellos ni la cortesía de un saludo... neutral. El ministro Luxburg resultó más afortunado.

Ahora bien : fácil es pronosticar, pues basta ponerse para ello en la línea del sentido común, que el Paraguay y Chile no tardarán en pronunciarse. El gobierno puede obstinarse en no creer, como se obstinó en no oir las advertencias que patriótica y oportunamente recibió sobre el estado de la opinión europea ante su famoso plan de conferencia neutralista, sobre la correspondencia telegráfica del ministro alemán, sobre la actitud del Uruguay ante nuestro conflicto y ante el suyo propio. Tanto derecho a opinar tiene él como cualquier ciudadano, sin que ello autorice, por absurdo que resulte,

a dudar de su buena fe. Pues si uno dudara, no insistiría en llevarle la contribución de su raciocinio y hasta el grano de arena de sus informes, ni en contrariarlo para su bien con sinceridad que no aspira siquiera a ser respetada.

No tendrá el gobierno congreso neutral por la sencilla razón de que no concurrirá nadie. Deberá empezar, si insiste en ello, que no lo puedo creer, por prescindir de los vecinos, entre los cuales tres sobre cinco están ya impedidos a ciencia cierta. No conseguirá la adhesión de Chile, que por lo menos ha de tener, si su reconocido juicio lo abandonara, iguales pretensiones a encabezar este panamericanismo de negación y de ausencia. Carecerá de tiempo para concertar nada, pues los acontecimientos se precipitan y continuarán precipitándose del peor modo, hasta tornar quizá irreparable nuestra ya comenzada ruina.

Esta empieza desde luego con un gran contraste político. Lejos de tener, en efecto, la influencia que sobre los países de Sud América nos atribuía Europa y que los Estados Unidos nunca intentaron estorbar, lo cual es otra prueba de su noble desinterés, resultamos abandonados por los más vecinos, destruída con ello hasta la unidad regional del Plata,

y rebajada nuestra importancia exactamente a la inversa de lo que el neutralismo presumía. En el mejor de los casos, formaremos bloque con Méjico y Colombia que al menos satisfacen agravios o creen hacerlo así, cargando rencores por cuenta ajena en la impotencia de nuestro propio aislamiento. El nivel de egoísmo que nos ha impuesto el gobierno por razones de mal entendida altivez, le resulta una graduación bajo cero.

Pero si le basta ver a qué extremos va conduciéndolo su neutralismo: cómo la diplomacía germánica conviértelo por arrastre en cómplice desairado de su innoble superchería; de qué modo la misma opinión con que cree contar se le embarulla y descabala.

Acaba, así, de escamotear al mismo ministro alemán cuyos pasaportes expidiera, tolerando con ello doblemente sus insultos y su traición. Aparece teniéndole miedo y rindiéndole obsecuencia cuando el propio gobierno imperial lo ha descalificado. Resulta compartiendo con el triste personaje la repugnancia universal, puesto que siendo el más interesado en deshacerse de él, es el único que lo aguanta.

La manifestación neutralista que debe apoyar su enérgica unidad de concepto ante la guerra — tales los términos — resulta germanófila por

un lado, desde que la encabezan conocidos apologistas del imperio alemán, radical por otro, libertaria y católica al mismo tiempo: de amor a la paz, de adhesión política al presidente, pues así la define un manifiesto de partido, y de homenaje a España. Es un ramillete cuya complicación parece que buscara el encanto de la heterogeneidad.

Así llegaremos a quedarnos majestuosamente solos; pero difícil es concebir una majestad más pasajera. El neutralismo nos habrá excluído del mundo que se organiza para la libertad, y nos reportará la pérdida de lo mejor que ganamos con la independencia. Pues tal es lo que jugamos.

Disfrácese o no de paz, el fin de esta guerra tiene que ser la victoria. Si triunfan las potencias de opresión, podemos darnos por perdidos. Nuestro aislamiento y los agravios siquiera verbales que han debido soportarnos, suministraránles motivos de sobra. Aun en ese caso, el único resguardo posible estaría, pues, en la asociación con los vencidos. Y así, ni siquiera cabe la opción. Deber y conveniencia nos imponen la alianza con los países democráticos.

Por otra parte, el germanismo no puede triunfar aunque venza en todas las batallas imaginables; pues cuando deponga el mundo

las armas, estará ya organizado de otro modo. Ahora mismo lo está y continúa haciéndolo en forma irrevocable, porque comprende todos los órdenes de la vida, las fuerzas más fuertes que el militarismo, la coalición universal que aislaría a los imperios centrales en medio de su victoria. Por esto decimos que se inaugura una nueva civilización.

Declararse neutral significa, pues, instalarse en el pasado que las potencias de opresión se empeñan en sostener, con lo que según pretendemos el neutralismo viene a resultar su aliado.

Este nuevo estado del mundo, esta civilización que se organiza sobre los escombros de la otra, será a no dudarlo más fuerte que nosotros. Y ya lo es. Basta pensar un momento en las transformaciones que bajo su influencia virtual han debido sufrir nuestra economía y nuestras finanzas: es decir aquellas actividades que por su inmediata vinculación exterior notan primero el cambio de ambiente. Incorporarse a las evoluciones prósperas es vivir. Contrariarlas es someterse a la desintegración que comporta su choque incontrarrestable.

No siempre es un despeñadero el camino de perdición. Más de una vez resulta blando de-

clive, provechoso atajo conducente a un quimérico solaz, ameno pasaje bajo el rumor de la pineda. El hombre de estado tiene que ver más allá y saber de la ruta, no por sus pies, sino por su ciencia. Y así como camina el guía de noche con ir viendo los astros, que no sorteando los guijarros del suelo, la seguridad de su rumbo ha de tomarla por las ideas de luminosa altitud, preferibles a los hechos inmediatos, aun cuando en ellos pueda tropezar, y herirse, y derrengarse, pues lo que determina el acierto de una marcha, a despecho de toda la sombra hostil, no es el guijarro sino la estrella.

---

## Discurso de Montevideo [1]

(Octubre de 1917)

---

Excelentísimo señor presidente: Señores miembros de ambas Honorables Cámaras: Ciudadanos:

Yo no acepto ni puedo aceptar sino en nombre de mi patria esta manifestación y este homenaje empezados esta mañana con capítulo para mi inolvidable, porque sin yo quererlo ni saberlo es ya capítulo de inmortalidad. (2) — (*Aplausos*).

Tanta es, ciudadanos, su espléndida desmesura con mi pobre persona humana y pasajera. Debo entonces contestarla con lo mejor

---

(1) Pronunciado desde los balcones del Palacio del Congreso cuando el Uruguay rompió sus relaciones con Alemania. Versión original de los taquígrafos oficiales.

(2) Aludo a la recepción que me dispensaron la juventud y el pueblo.

que puedo y tengo, y es eso mi corazón que tiro entero al seno de este pueblo en la generosidad de mis palmas abiertas. — ( *Aplausos* ).

Mi corazón que tiro como deshojado en aquellos laureles que en las horas iniciales de la gloria juntos «supimos conseguir» (1).— ( *Aplausos* ).

Porque, efectivamente, para orientales y argentinos, estos actos de grandeza, de noble y aceptado riesgo, de libertad y de dignidad, tienen de hermoso lo que tienen de nuestro. — ( *Aplausos* ).

Así lo habéis presentido el otro día, al enviarnos vuestra embajada fraternal, mucho más valiosa que aquellas del protocolo (2). Y así lo percibimos también nosotros, cuando al relámpago de su magnífica elocuencia sentimos que se nos erizaba como un penacho la dorada llama del orgullo familiar. — ( *Aplausos* ).

Así, pues, no es sino congratulación sincera, regocijo profundo y alto lo que sentimos con la iniciativa del Uruguay. El sol del Plata se ha levantado por donde debía: por el oriente. — ( *Prolongados aplausos* ).

---

(1) Alude al coro del himno nacional argentino:
*Sean eternos los laureles*
*Que supimos conseguir*

(2) Véase el artículo anterior, pág. 38

Sois vosotros, dijérase que por definición, un país de aurora; así os lo expresé un día con palabra mejor, en verso de oda, siete años ha, cuando las grandes congratulaciones del Centenario; así presentí hace pocos días vuestra anticipación en la luz, con el símil de la alondra valerosa. Vuestra generosidad que es grande por lo mismo que resulta incomparable en su magnitud espiritual con la territorial ó con la política, no solamente se ha ejercido con los hermanos sino con el mundo entero. Y por mucho que os cueste, no os arrepintáis jamás de ella. La generosidad como el oro lleva en sí misma el más alto precio; y no bien cometemos el acto generoso, cuando ya sentimos lo que ganamos con la dilatación del alma en la dicha y en la bondad. — (*Aplausos*).

Y os lo digo porque tendréis que ir muy adelante. Todas estas cosas, ciudadanos, no han hecho sino empezar. Detrás de la guerra actual contra los déspotas, hay otra guerra dentro de casa y dentro de uno mismo. Es esa la guerra futura que será menester sostener para eliminar hasta la entraña misma todo lo que reste de iniquidad y de infamia. — (*Aplausos*).

Y así tendremos que quedar un día sangrientos y escuetos, tal como el árbol con la

poda, pero gloriosos de significar con ella la civilización que va a florecer. — ( *Aplausos* ).

Así es, ciudadanos, cómo se suprime las fronteras en las cuales estos dos países del Plata nunca habían creído de verdad. Y de tal manera, que los grandes ciudadanos de vuestra tierra, por ejemplo, aquellos que la significan mejor, por lo mismo que son los más grandes, no tienen en la mía admiradores solamente: tienen partidarios; tienen algo mejor que eso, porque indica lo profundo de nuestra vinculación: tienen también apasionados detractores. — ( *Aplausos* ).

Pero al mismo tiempo, la influencia mutua es tan inevitable, que nosotros acabamos por adoptar un día la federación de Artigas, mientras vosotros habéis instituído la unidad liberal del pensamiento rivadaviano. — ( *Aplausos* ).

Lo que suele pasar es que por lo mismo que somos tan hermanos, nos querellamos puerilmente y con frecuencia. — ( *Grandes aplausos* ).

Todos ustedes recuerdan lo que pasa con los chicos en la quinta solariega; y es que se ponen en un extremo y en otro, a tirarse con pedrezuelas, y a desenvainar sobre sus cabezas con terrible ademán el fraternal sable de caña. — ( *Aplausos* ).

Pero que en eso penetre una alimaña por el cerco, y: « mátame, ahí, hermano, ese raposo que se me entró por el portillo disfrazado de conde » (1). — ( *Aplausos* ).

O « aplástame, más allá, esa víbora que pasa destilando su ponzoña con engañosa suavidad en la ondulación de la hierba ». Y entonces es el lanzarse contra la alimaña infame y el aplastarla, y el salir con las manos sangrando de haber despedazado la cabeza viperina, o alternativamente hediendo en ellas el nefando almizcle que suelta la cola del zorro traidor — ( *Aplausos* ).

Y otras veces es la cuestión por el Río, tan nuestro, que durante cierto tiempo de calma en que la gente de lengua fácil no tiene de qué hablar, suele entretenerse en remover un poco el lodo de las orillas con un palito caviloso y torcido. — ( *Aplausos* ).

Y entonces pretende descubrir que el agua de nuestro Plata, el agua paterna separa nuestras costas. No ! qué las ha de separar, ciudadanos ! Si ocurre con ellas lo mismo que cuando se está hablando y parecen más desunidos los labios, aunque se hallan más juntos

---

(1) Aludo á la entonces reciente traición del conde Luxburg, ministro alemán.

para formar el ritmo de la palabra. — ( *Prolongados aplausos* ).

Revolvemos, pues, el agua un instante, y eso se enturbia, que nada hay más fácil que enturbiar; pero llega un día la hora de las profundas meditaciones, y en el fondo de las aguas serenadas descubrimos la inmensidad del cielo azul. Y la imagen de la nube blanca que va pasando nos describe la bandera con fajas dobles o múltiples, que eso depende solamente de la manera cómo a la húmeda superficie la vaya rizando el viento. — ( *Aplausos* ).

Y la alianza así formada con las aguas del río paternal, resulta sellada por el sol. Qué sol, ciudadanos ? El sol uruguayo ? El sol argentino ? No, porque no hay más que uno, el mejor de todos : el sol de mayo (1). — ( *Prolongados aplausos* ).

Permítaseme, entonces, que bajo su evocación luminosa yo narre cómo he venido, confiriéndome un poco a mí mismo — como es mi mala costumbre — la representación sancionada ahora por el aplauso de un pueblo. — ( *Aplausos* )..

Y la doble grandeza que resulta de esa sanción y de la misma causa que yo defiendo,

---

(1) Porque el 25 de mayo es para ambos pueblos el día de la libertad.

me facultan, creo, para sentirme en este momento representante del pueblo argentino y lo que es más, ciudadanos, representante también de su gobierno. — (*Aplausos*).

Porque desde la altura en que me encuentro, yo no veo ya pueblo y gobierno argentinos: no quiero, no puedo ver más que mi patria; y allá, en la inmensa lejanía, la percibo en una inmaterialidad de espíritu puro, en un magnífico desvanecimiento celeste. — (*Aplausos*).

Vengo, así, como el griego antiguo, que doquier se hallaba llevaba consigo el helenismo y la cosa de Atenas. Y esa, ciudadanos, no es invención mía: es la escuela de Sarmiento, la escuela de Mitre, la de los argentinos ilustres que en la época heroica hospedó la Nueva Troya. (1) — (*Aplausos*).

Con esto, entonces, volveré a mi pueblo para decirle lo que vi. Yo no había querido venir hasta ahora, mientras cruzaran vuestro cielo nubes de discordia o siquiera de disensión: esperaba para hacerlo que las aventara de una vez, con su aletazo de luz, la idea sublime. Diré a mi pueblo, entonces, lo que vi: Bajo la claridad así, perfecta, al borde

(1) Nombre que los liberales del Plata dieron a Montevideo sitiada por las fuerzas de los generales Oribe y Rosas.

mismo de las aguas potentes y rumorosas, vi a la doncella preclara seguida de su león. — (*Aplausos*).

Ella me saludó al pasar, con el estremecimiento de oro de su joven cabeza. El león volvió la suya. En las aguas flavas del río paterno parecía erizarse su melena; en el trueno de su rugido se escuchaba como un eco de cántico; sentí en mis manos la tibieza de su aliento, con la humedad de una caricia; en sus ojos altivos centelleaba la lealtad. — (*Aplausos*).

Entonces, con el arranque de un sollozo que me traía a los labios el calor de la entraña, próxima a vertérseme el alma en lágrimas de ingenuo heroísmo, sentí que me venía desde lo profundo también de la historia, la vieja cosa nuestra, la cosa sublime. Y recordé que al pie de la Pirámide de Mayo, el sitio más augusto y también el más alto para un argentino, no hay sino dos nombres que conmemoran un doble hecho histórico, dos nombres mandados fijar ahí por la Junta de 1811, con el objeto, decía, de que vean las generaciones futuras cómo se lucha por la libertad de la patria o cómo se muere por ella en los brazos de la gloria. Y esos dos nombres son los de un argentino y los de un oriental: Manuel Ar-

tigas, nombre significativo, por cierto, y que murió como tal cuando aun éramos en el tiempo las Provincias Unidas. — (*Aplausos*).

Y les diré que he escuchado en la palabra de vuestro canto de gloria el verbo profético que no podía faltar: aquel que al evocar la redención de los pueblos oprimidos, habla del bárbaro que los agita, «revolviendo su extinto furor». Y les diré para concluir con palabras también de vuestro himno patrio, que nunca he sentido más potente toda la significación argentina que hay en éste de sus versos: «Nadie insulte la imagen del sol!» — (*Prolongados aplausos*).

Nadie la insulte, ciudadanos, sin que sienta pronto en su carne vil la lanza de Marte o el puñal de Bruto (1). Y a esa evocación os levantásteis, orientales. Estábais — dónde habíais de estar: en la avanzada, como siempre, del peligro y de la gloria. — (*Prolongados aplausos*).

---

(1) Alusión a estos versos del himno uruguayo:

*Si enemigos, la lanza de Marte,*
*Si tiranos, de Bruto el puñal.*

## Los primeros mártires

(Octubre de 1917)

---

Glorifiquemos a esos marineros alemanes de los cuatro acorazados que el 20 del pasado agosto se sublevaron contra el despotismo alemán, enarbolando la bandera roja y cantando la Marsellesa. Víctimas anónimas hoy, sus nombres tendrán mañana por doquier en la Alemania libre la digna tabla de bronce. Anticipémosles esa conmemoración en nuestro respeto. Son los primeros mártires.

Acontece, pues, lo que se preveía. Tanto heroísmo ciego, tanta gloria inútil, tanta abnegación y constancia sacrificados al amo, tenían que fructificar un día para los súbditos. Esta es ley humana que reintegra el aborrecido superhombre alemán a la condición de hombre, fundamento de la fraternidad. Es ley de la sangre vertida que convierte en fuga

eterna, sin descanso posible, pues de sí propio va huyendo el criminal como el agua por el talud, el irrefrenable desasosiego del cainismo.

La conciencia alemana despertó en esos héroes. Desesperados de su propio heroísmo, pusiéronse a cavar su sombra, a profundizarse para adentro en el fondo de la negra alma siniestra ; y un día, sin buscarlo, sin quererlo, salieron a la plena inmensidad del ilimitado azul, del viento libre, libertados a su vez de ellos mismos.

Qué monstruos debieron afrontar, qué moles remover en la horadada entraña del suelo obscurísimo como un bloque de hierro. Parece que el hambre les mordía la garganta y que por eso fué. Es probable. El hambre lleva un poco de luz en su ojo de lobo y una cierta melifluidad en su gemido de oso. Esto basta para empezar. Después el lobo comprende la luz caritativa de San Francisco, y el oso se domestica con la miel.

¡ Cantar la Marsellesa aquellos tripulantes rebeldes de un acorazado alemán ! Qué multitud de esperanza florida de repente, como en una sola noche le sucede al espino.

¡ La Marsellesa a bordo ! Luego estaba allá con aquellos hombres. Luego — y esto es mucho mejor — aquellos hombres la sabían.

Dónde habíanla aprendido? En qué catacumba? A costa de qué?

Y entonces aclara el alma una sospecha luminosa: de Rusia provino. El viento de las removidas planicies, inflamado por las banderas rojas, llevó hasta la misma férrea entraña del acorazado imperial aquella mecha ardiendo. Mecha de torcida estepa que fácilmente prende y se levanta en el aire como exaltado pájaro cuyo pico de fuego lleva el verbo de Francia.

Así, no habíamos supuesto en vano.

El 8 de abril de este año, en mi artículo « Neutralidad Imposible » que algunos recordarán, sostuve que la cruzada humana por la libertad no la consumaríamos contra el germano terrible y heroico, sino con él. Y también dije:

« Una voz alemana acaba de decir con franqueza: el mundo entero nos aborrece y nos persigue. Se equivoca. Lo que les persigue el mundo es la fiera que tienen adentro. Lo que va a malograrles para su bien, es el esfuerzo suicida de un despotismo que se ha vuelto loco por exceso de poder: enfermedad bien conocida en la historia. No hay derecho a equivocarse cuando se juega la vida de un pueblo. Alemania tiene que arreglar esta cuenta con sus déspotas que son los equivocados ».

« No me tendría por un hijo espiritual de Francia, por un miembro de la latinidad, que es decir un ciudadano de Roma ; no respondería al grito fraternal del mundo ruso cuya redención vale ya la guerra ; no me creería digno de aquella hospitalaria y noble Inglaterra donde un día fuí inglés porque la habitara ; ni de la América libre, ni de mi Argentina siempre delantera en las empresas de emancipar, si igualándome a la barbarie que combato, proclamara el odio como instrumento de justicia. Este sentimiento mejora mi corazón, impregnándolo con una viril bondad de América washingtoniana y de Francia girondina. Siento que en él pasa, estremecida de bronce, la Marsellesa del día de gloria que va a llegar ; pero también preluciendo en su remonte la aurora que aun no se ve, como aquella alondra de las Galias que coronaba el casco del legionario ».

Teníamos, pues, razón. Esos alemanes son de los nuestros. Ahí está la Marsellesa que esperábamos. Acaban de sellarla con su sangre, como era menester, los primeros mártires de la libertad alemana.

Proscritos en la misma muerte por la infamia codificada de hoy que es la segura gloria de un ya cercano porvenir, acojámoslos en lo

íntimo de nuestra alma sin odio. La Alemania feroz de los autócratas militares, empezará así a sufrir por la agencia de aquellos héroes obscuros el castigo sublime de la humana fraternidad, que no pudiendo hacerlo todavía con los vivos — mas ya lo hará — abre una patria sin fronteras al reposo de esos muertos.

---

## La herencia de Mayo

(Noviembre de 1917)

---

El 25 de mayo de 1810, la Junta en su proclama inmortal a los pueblos cuya emancipación se iniciaba, formuló este mandamiento de concordia :

« Llevad hasta los últimos términos de la tierra la persuasión de vuestra cordialidad ». Tal fué desde entonces la política argentina en sus relaciones exteriores. El himno la cantó luego con su invocación a los mortales y su saludo a los libres del mundo. La legislación fué sancionándola sin una sola discrepancia. Persuadir con franqueza a las naciones sobre nuestra honrada cordialidad, alzando la voz, para que mejor se oiga, hasta el mismo timbre del canto : he ahí en qué ha consistido invariablemente, repitámoslo, la política argentina, definición de nuestra personalidad ante aquéllas.

Y semejante armonización del concepto racional con el verbo lírico, de la aspiración idealista con la eficacia de la conducta, lejos de perjudicarnos salionos afortunada hasta lo triunfal, porque es una síntesis superior de los dones del espíritu. Desde nuestras primeras conversaciones diplomáticas con Inglaterra, por la doble agencia de Mariano Moreno y lord Stangford, hasta la aceptación de la doctrina de Drago por la mayoría o casi totalidad de las naciones, el país ha valido como potencia de primer orden, sin serlo en realidad, sólo por la grandeza de su espíritu.

Y pues que el hombre vive de espíritu, al no constituir su materia sino un cadáver en permanente inminencia de putrefacción, justo es que por la altura de aquél se lo considere.

Como influencia espiritual y como importancia material también para el gobierno mental, político y económico del mundo, París solo vale más que todo el continente de Africa. Y lo que vale materialmente, es todavía un reflejo de su espíritu. Vése, pues, que no hay en esto frase pergeñada ni argumento conjetural, sino un hecho: París solo vale más que toda el Africa. Luego, diremos, escoliando para simplificar, la grandeza de un país no consiste esencialmente en su área ni en sus

productos, sino en el estado espiritual de que tales cosas dependen para su conservación y fomento. Dicho estado llamámoslo «civilización», lo cual significa aptitud para la vida «civil» que si no excluye el uso de la fuerza lo subordina al sostén del honor. El honor a su vez consiste en la obligación de reconocer la justicia, aun cuando dicho reconocimiento nos contraríe o perjudique, y por grave o irreparable que el perjuicio pueda resultarnos; con lo que todos cuantos aceptemos la ley de honor, individuos y naciones, nos guardaremos de violar la justicia para no incurrir en sanciones semejantes. Así la paz resultará de suyo un hecho y la civilización quedará asegurada. Vivir honradamente y en paz, constituye, pues, el estado de civilización.

Pero cuando este concepto idealista se trueca en el concepto materialista de la grandeza, que prefiere el área territorial y los productos del país a la vida honrada, inviértese también la relación entre el honor y la fuerza, y el militarismo resulta ser lo principal. La conquista, que es la negación misma de la honradez, pues consiste en el robo y en la matanza, vuélvese timbre de honor, y la conservación de lo conquistado cuestión de honor otra vez. Así, honradez y honor dejan de ser

sinónimos y se contraponen, definiendo mejor que nada al militarismo como un estado de falsedad y de violencia.

Quien prefiere la vida honrada a la vida cómoda, es el justo y el civilizado; quien sacrifica su honradez a su comodidad, es el inicuo y el bárbaro. Por ello damos de estos motes al imperio alemán que violó la independencia de Bélgica y desencadenó la guerra submarina. Así se arruinará irrevocablemente y nosotros junto con él, si continuamos asegurándole la alianza vergonzante de la neutralidad. El egoísmo, que es un estado de miseria moral, encanija también el cuerpo.

Y aquí empieza la mención de las cosas terribles.

El mundo no cree en nuestra cordialidad. Dudan de ella los países que luchando por la democracia sangran también por nosotros, y las potencias de opresión a las cuales puede convenir, pero no engañar, nuestro servilismo. Alemania sabe perfectamente que todo germanófilo no lo es por cariño hacia ella, sino por algún odio impotente o alguna mala inclinación del instinto. La política internacional de nuestro gobierno le será devota; pero no la persuadirá de la cordialidad argentina. La misma prensa oficial desengañaríala al

respecto. Hemos faltado, pues, al mandamiento de Mayo, y no bien lo hicimos, cuando empezamos a cosechar por doquier enemistades y desabrimiento.

La nación está ya achicada en América. Los dos países con que más íntimamente podía contar, el Uruguay y el Perú, se le han separado precisamente ahora, después de ofrecerle en vano, con abnegada sublime fraternidad, su colaboración de toda la vida. La dirección de la política conjunta en el Plata, pasa a la República del Uruguay que nos la cedía con noble desinterés y discreción admirable, reconociéndonos el mayorazgo fraternal. Nuestra soledad respecto de los Estados Unidos aumenta, esclareciendo con mortificante evidencia esa falsa posición. La presidencia actual halla menguado lo que no temía expresar francamente a la gran nación, y porque así es la verdad, el gobierno de Rivadavia. Efectivamente, en comunicación del 24 de agosto de 1826, sobre la guerra con el Brasil y la interpretación de la doctrina de Monroe a su respecto, el ministro don Francisco de la Cruz dijo al encargado de negocios de los Estados Unidos :

« La guerra en que se halla empeñada la república, es de una naturaleza y carácter

que pone al gobierno de las Provincias Unidas en el deber de manifestar francamente sus ideas y sentimientos a todas las repúblicas de América, y con especialidad a la de los Estados Unidos, que por su antigüedad, su civilización y capacidad, *preside la política del Continente Americano* ».

Y el gobierno de Rivadavia hallábase empeñado en aquella guerra, precisamente por el honor nacional.

Tal es la compañía en la cual pecamos todos cuantos seguimos reconociendo la dirección de los Estados Unidos para la política continental o panamericanismo cuyos fundamentos reconoce hoy el mundo entero bajo una idéntica aceptación directriz. Y éste sería el momento que nosotros elegimos para cambiar violentamente de conducta sin dar ninguna razón.

La política internacional de Mayo era de cordialidad universal y de concepto esencialmente americano. Con ella libertamos pueblos, consolidamos nuestra grandeza moral, nos erigimos por consenso de América en nación monitora, al exclusivo poder de la simpatía. La política germanófila, al negar todo eso, comporta y resume nuestra propia negación.

---

## El triunfo de Don Quijote

**A Baltasar Brum (ministro) (1)**

(Noviembre de 1917)

> «Que acreditó su ventura»
> «Morir cuerdo y vivir loco»'

Estos últimos versos del epitafio que Sansón Carrasco puso a Don Quijote, afirman el triunfo del sublime caballero. La dicha de la existencia consistió para éste en su locura, y la serenidad de su tránsito en la cordura que le vino al morir. Toda una vida le fué poca para cultivar — que es decir gozar — sus quimeras. Para la sensatez común de testar, cumplir sus deberes religiosos y disponer sus exequias como la gente suele hacerlo, bastóle una hora: la de morir. Así fué completamente feliz Alonso Quijano.

(1) El Dr. Brum era ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay cuando este país rompió sus relaciones con Alemania: acto que nuestros políticos germanófilos habían motejado de quijotismo.

Viviendo dichoso, fué también fecundo, pues sólo el placer engendra y concibe. De su noble castidad, que por constancia sostuvo amando, como una flor impar consúmese en su propia belleza, nació esta hija inmortal: la doctrina del quijotismo. En esa inmortalidad de la hija, triunfó el padre con la victoria mejor, que es vivir eternamente. ¡Y qué vida! La más hermosa, la más alta y sutil: la vida de la quimera realizada. Aquella por la que pagamos a buen precio una hora de quietud que la finja en el seno de la poesía o de la música.

Hay, pues, un profundo error en considerar el quijotismo como sinónimo de empresa frustrada. Don Quijote no fracasó. Al contrario, salióse con la suya de vivir como quería y de morir en su cama cuando se hartó de hacerlo tal cual.

Es claro que su trabajo le costó; pero ¿no le cuesta lo mismo al rico atesorar la fortuna con que cree lograrlo? Sólo que el rico no lo consigue a veces; mientras el caballero andante, en la misma ardua empresa con que procura aquella vida feliz, ya la está viviendo. Ayunos, golpes, miserias, brutalidades, todo lo va sufriendo con gusto de aguantarlo, porque así es la vida grande y heroica de peligrar, de luchar, de glorificarse. Solamente el vil deplora

sus peripecias. El héroe las busca, y no será para lamentarlas si las encuentra. Don Quijote no se arrepintió jamás de sus batallas por adversas que le fueran. Su única grima le vino con la penitencia de año vacante que le impuso, vencedor, el caballero de la Blanca Luna.

Pero su empresa ya la había realizado, sin él mismo saberlo. La peste literaria encarnada en el grotesco novelón de caballería y en la necia ficción pastoril, estaba muerta a filo de acero por su sátira, y con ello desencantada Dulcinea del veneficio que obscurecía su hermosura. Además de vivir como quiso, Don Quijote murió, pues, cuando debía. Cuando hizo todo lo que se propuso hacer. Nunca pudo aplicarse mejor a la muerte la acepción del descanso. Don Quijote vivió, así, en belleza: la de su quimera gozada, y murió en nobleza: la de haber vivido según su voluntad, defendiendo sin buscar retribución alguna la belleza y la justicia.

Tal era el objeto de la caballería, y él mismo lo definió, cuando al canto de su panegírico sobre la edad de oro en que reinaron perfectas la hermosura y la equidad, dijo afable a los pastores, cómo « andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las

doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos ».

Con esto les venía la elación del alma, y ganaban, por lo interior, la belleza, que así tornábaseles el modo habitual de vivir. Llevaban consigo, cual la pintadina de los mares su perla recóndita, la pompa de los palacios, la gloria, las dulzuras del triunfo y del amor merecido por gracia natural, y las gozaban imaginadas, que es como valen, porque así solamente salen perfectas.

Qué son ellas, por ejemplo, para ese hipocondríaco, ese envidioso, ese valetudinario, carcomidos de aciaga murria entre la seda ? Asco y rabia de la impotencia que más con ellas resalta, porque la dicha de las cosas se halla dentro del hombre, y éste es quien las hermosea con gozarlas, sacando así a luz en ellas su belleza interior, como el agua se riza y dora al contorno de los guijarros.

Recordemos la bella plática del andante con su escudero, que sigue a la conquista del yelmo de Mambrino De aquella abollada bacía, como de un maravilloso cubilete, sale en cien líneas de prosa el triunfo más completo y más bello que vencedor alguno pudo soñar. Don Quijote hace algo mejor que soñarlo, pues lo vive en su exaltación, tan seguramente como si exis-

tiera; y siendo así, qué importa aunque no exista, ni qué valiera que existiese si Don Quijote no lo había de vivir?

La noción del presente, es la de algo que está pasando, y que apenas sobrevenido ya pasó: la fugacidad sin asidero. En este punto evanescente coinciden los tres estados de la existencia: pasado, presente y porvenir; ciméntase la existencia misma; finca la convicción de ser. A qué, pues, estamos apegándonos por real y por duradero? Cuál es la diferencia substancial entre lo que había, lo que hay y lo que hubo de haber habido?...

Fábrica de quimeras es lo que somos. Unicamente es diverso el modo de hacerlas. Que unos repiten las comunes, como Sancho sus refranes consuetudinarios, y otros las inventan. De esta suerte, vivir cuerdo es vivir como los demás; vivir loco es vivir como uno mismo. Y quien así vive, con tal que lo haga por la justicia y la belleza, crea un nuevo sentido común, funda linaje y doctrina.

No fracasó, pues, Don Quijote, ni jamás se frustra el quijotismo, que consiste en hacer por mano propia una obra de arte con la vida. Así decían los antepasados homéricos del andante, a quienes suele él recordar en sus enumeraciones nominativas, por lo que éstas tienen

alternativamente de Iliada y de Batracomiomaquia.

Y qué obra de arte esa vida ! Heroísmo, veracidad, equidad, bondad, hermosura, desinterés, pureza, constancia : he ahí los lingotes de oro acendrado que se refunden en la joya de su quimera. Colgada sobre el pecho leal la porta el Gran Caballero. Sin tasa va desgranando su inagotable pedrería al pasar, con que sangren los dragones en el corazón del rubí y ría la luz en los dientes de la perla. Así la va repartiendo a todos los míseros, inclusive los tontos y los galeotes, los bellacos y los gañanes, con la generosidad del árbol que abandona su flor a la desfondada cesta del viento ; hasta que un día, cuando le llega su término natural, dichoso también como el de todo lo que floreciendo acaba, compra todavía con el oro que le sobró la almohada de la cordura, donde es bueno dormirse para la eternidad sin sobresalto y sin ensueños.

---

## La visión del águila

A los héroes del Monte Santo

(Noviembre de 1917)

---

Y cogido en la torva garra el monte,
Cual si prendiera un ciervo por la nuca,
Vió el águila romana otro horizonte.

*

El bárbaro, creyéndola caduca,
La aguardó allá donde la muerte aleve
Tras de cada peñasco se acurruca.

*

Y trocando en bastión cada relieve,
Dió por guardia al titánico circuito
La cándida pavura de la nieve.

*

¿ Mas, no es, acaso, un aguileño hito
La extrema cumbre cuya testa cana
Parece estar pensando el infinito

En un azul de impavidez arcana... ?
Así, desde esa cúspide, aquel día
Vió otro horizonte el águila romana.

*

Abajo, entre las rocas, se moría,
Y de sangre y de fuego era el camino
Que aplanaba la inmensa gradería.

*

Votábase a la patria y su destino,
Aquella dulce y decorosa muerte
Que en su oda fausta prescribió el latino.

*

Gimiente yunque era el roqueño fuerte,
Y las flameantes alas de la guerra
Daban vuelo feroz al hierro inerte.

*

Y allá al confín, sobre la adusta sierra,
Con el frémito audaz de los aviones
Turbó al cielo la saña de la tierra.

*

Y sobre el más veloz de esos halcones,
Remontaba al azul, que fué su nido,
El vate precursor de las *Canciones*,

*

El divino Gabriel del ojo herido.
El águila gozaba la victoria.
Daba en su corazón cada estampido.

Abajo, negra de su heroica escoria,
Miró a Gorizia en el barranco agreste,
Tal como un cráter que abrasó la Gloria.

*

Y en la embriaguez de la altitud celeste,
Sesgada al sol su envergadura recia
Se desplegaba desde Trento a Trieste.

*

Trémulo de la ruda peripecia,
En su randa de espumas, a lo lejos
Se hinchaba azul el Seno de Venecia.

*

Se hinchaba con los cárdenos reflejos
Del buche familiar de la paloma,
El desposado mar de los cortejos.

*

Y anticipada en luz, tal como asoma
Primero que no el sol su imagen de oro,
Clamante el triunfo de sus bravos — Roma.

*

Resucitaba el prístino decoro
La Fama de énea voz. Un alma inquieta
Llenó otra vez el despoblado Foro.

*

Protuberó en el mármol del atleta,
Desencajado de su informe toba,
El hercúleo vigor. En la trompeta

Rasgó su aullido maternal la Loba.
La segur consular iba adelante.
Y sólo allá en la vaticana alcoba,

*

Como en los pozos gélidos del Dante,
Se ahondaba en blancuras de sudario.
La soledad del último *austricante.*

*

El viejo Olimpo superó al Calvàrio.
Y el águila, de gloria estremecida,
Lo vió más bello y cual las nubes, vario.

*

Una renovación de noble vida
Le aseguró el irrevocable signo
De las cejas azules del Kronida.

*

El cielo dilatábase benigno
En la serenidad del dios. El mundo
Pregustaba en su gracia un pan más digno.

*

Iba a volver el tiempo floribundo
Y fructuoso del manso Triptolemo,
Para la tierra en que se aró profundo.

*

Y a alzar el pino, en vástago supremo,
Torre de umbrosa paz, y a hacer la viña
Tutora estaca del plantado remo.

Ya verdeaba, dichosa, la campiña,
Y al jovial beso pánico, la caña
Cedía su esbeltez como una niña.

*

Así el deslumbramiento de la hazaña
Abrió a la excelsitud del ave fiera
La visión ulterior de la montaña.

*

Cubría con su flor la tierra entera
(Flor de laurel que empurpuró el denuedo)
El árbol tricolor de la bandera;

*

A cuyo sacro pie el divino aedo
Del grande arco de plata, pone al dardo
Las negras alas del dolor y el miedo.

*

Ah, el Flechero inmortal no andaba tardo!
Ah, cuán brillante el bermejor de su ira!
Y el tenor de su fuerza, cuán gallardo!

*

Daba su arco argentino un son de lira.
Alzábanse en haz de oro, del Oriente,
Las vívidas saetas con que tira;

*

Y que al bravo y leal matan de frente,
Mientras son fustas que en la vil sorpresa
Tunden el anca a la evasiva gente.

El águila de bronce, en lo alto tiesa,
Afirmó aun más la garra posesora.
En su pico feral sangró la presa

*

Y en su ojo brusco relumbró la aurora.

---

## La locura despótica

(Noviembre de 1917)

### I

### Del tigre y de la hiena

El militarismo y el fanatismo, separados o juntos, producen la enfermedad mental colectiva que llamamos despotismo, así como los pantanos engendran el mal palúdico y como ciertas aguas de montaña crían el bocio. Más que un azote político, el despotismo es una plaga social cuyas consecuencias sufrimos ahora precisamente con desusado rigor: motivo por el cual interesa como nunca su estudio.

Ambas causas de la epidemia, el militarismo y el fanatismo, constituyen desde luego sendas desproporciones. Así, el militarismo consiste en una absorción predominante de las fuerzas vivas del país por el ejército: presupuesto superior al de cualquier otra rama

de la administración; empleo obligatorio de los hombres más aptos; privilegios que colocan en situación inferior al resto de los ciudadanos; subordinación de todos los intereses a la eventualidad, siquiera remota, de la defensa. El fanatismo, contrario a la tolerancia que es de suyo equidad ante las creencias distintas, pretende para una sola todo el derecho y toda la razón. La preferencia por una de ellas, que el ecuánime siente sin que por esto le resulte animadversión hacia las otras, no la concibe el fanático sino excluyente y hostil. Su noción de verdad comporta imperativamente la falsedad de cualquier otra noción, aunque no sea contraria: simplemente por ser diversa.

Esto es un resultado del monoteísmo. El dios único, no pueden concebirlo igual todos los hombres, por motivos de clima, de raza, de cultura. Resulta, así, distinto; con lo cual cada grupo de hombres trata de imponerlo a los otros para conservarle su indispensable unidad. Las guerras de religión fueron desconocidas en el mundo greco-romano, hasta que se le introdujo el monoteísmo de las sectas cristianas, destruyendo la equidad politeísta; pues todos aquellos dioses del panteón, representaban otras tantas conciliaciones de remotos

cultos en el seno de una dichosa tolerancia.

Al propio tiempo, el militarismo y el fanatismo son estados pesimistas de la mente, así por su concepto fundamental del hombre, como por su impotencia tantálica para el bien; lo cual engendra desesperación y amargura.

El primero declara incorregibles la rapacidad y la ferocidad del hombre, y sobre ello organiza su sistema. La barbarie perpetua: he ahí para él el destino humano. El hombre con que cuenta como elemento valedero, es el mismo salvaje de la Edad de Piedra, irrevocablemente asesino y ladrón. La civilización no sería entonces, como creemos que esencialmente lo es, la doma inteligente de los instintos; sino una progresiva adquisición de elementos cada vez más eficaces para robar y matar. Lejos, pues, de mejorarse, la vida iría empeorando. En vez de resultar la civilización, tal como evidentemente ocurre, una lucha triunfal contra el dolor y la muerte, saldría siendo un estado cada vez más próspero de muerte y de dolor: el triunfo del mal sobre la tierra. Entonces la muerte valdría más que la vida.

Qué hacerle, dicen los militaristas. Vea usted cómo fué siempre así y cómo sigue siéndolo.

Esta conclusión es otra fórmula de barbarie. Efectivamente, la civilización consiste en dejar de ser lo que se fué, con el objeto de mejorarse. El hombre lo ha conseguido en muchas cosas. *En la mayor parte de las cosas que ha intentado.* Ello es, entonces, una esperanza racional y un camino de certidumbre.

Sostiene a su vez el fanatismo, que el mal impera sobre el mundo, que la vida es mala también, y que en consecuencia la muerte constituye la única esperanza de una existencia mejor. Este pesimismo le viene de su fracaso para unir los espíritus bajo una sola doctrina. Es el tantalismo de los agentes del mal, que por sí solo presume el triunfo del bien.

En plena Edad Media, es decir durante su máximo imperio sobre los espíritus, hubo de reconocer su impotencia, formulándola con definitiva acerbidad : *morte, nihil melius* ; *vita, nihil pejus* : « nada mejor que la muerte, nada peor que la vida ».

Y para imponer la unidad de su creencia, el fanatismo se lanza a exterminar. Lo haría con nueve décimas partes de la especie humana, si estuviese en su poder, a trueque de la uniformidad soñada. Lo intentó y lo procura a sangre y fuego en el Asia de las cruzadas,

en la América de la conquista, en el Africa de los repartos, bajo un mismo concepto: *unum deus, una ecclesia, unum baptismo.* Lo repitió con el Islam, azote del mundo; lo había antecedido con el sangriento culto de Jehová: tres permutaciones del monoteísmo asiático. Su poder físico traicionó sus intenciones. Pero allá donde puede sin trabas, en el dominio de la quimera, el infierno colma con creces su aspiración. La inmensa mayoría de la humanidad, que naturalmente está fuera de su doctrina, queda condenada al fuego eterno. Y todavía entre sus propios fieles, la cosecha del dolor y de la eterna muerte es la más abundante, la más segura: « muchos son los llamados y pocos los escogidos », dice a los cristianos su dios de perdón y de bondad. O en otros términos: más son los que se condenan.

Es que ambos, militarismo y fanatismo, son máquinas de opresión y por lo tanto de muerte. Representan el supremo egoísmo de la dominación universal o sometimiento del mundo, que este mismo mundo nunca ha podido tolerar, precisamente por no morir. Con ello la locura despótica queda ya definida: el despotismo es una enfermedad.

Veremos en el artículo siguiente cómo se inicia y progresa.

## II

### Del monstruo imperial

La opresión que un pueblo cualquiera sufre, ora por el dominio prolongado de una dinastía autocrática, ora por el éxito eventual de un caudillo, deforma su conciencia hasta la aceptación de aquella servidumbre como un estado normal, y luego todavía como un motivo de orgullo. A esto colaboran eficazmente el fanatismo con su autocracia espiritual y el militarismo con sus glorias guerreras. Así, para no remontar demasiado en la historia, vemos cómo se parecen, a pesar de circunstancias y tiempos tan diversos, la España de Carlos V y los Felipes, la Francia de Napoleón y la actual Alemania de Guillermo II.

De esa vanidad les viene que se crean « pueblos escogidos » para dominar a los otros, así como a ellos los domina su amo doméstico que también resultó « escogido » por la providencia o por la gloria. Todo en el hombre es comunicativo : el estado de salud y el de enfermedad. Así se vuelven opresores los pueblos que padecen opresión. Su estado de iniquidad los torna inicuos.

Hay otra cosa tan irrefrenable, tan nece-

saria al sostén de la condición humana como la comunicación con los demás hombres, y es la necesidad del honor que a esta última complementa. Para comunicarse satisfactoriamente, es decir como un igual, el hombre necesita ser estimado.

Esta estima le viene, entre los demás, de su vida honrada. Pero semejante vida es incompatible con la servidumbre. Quien se somete a la voluntad ajena, mata la propia ; y con ello suprime su responsabilidad que sólo emana de los actos voluntarios. El servilismo apareja la ausencia de honra. Entonces el déspota substituye al honor personal por el honor colectivo o gloria militarista que finca en conquistar. El robo que constituiría infamia en el individuo, es gloria si lo comete el pueblo. Y una vez cometido, el pundonor estriba en conservarlo. Así se crea el círculo vicioso de la inmoralidad colectiva que consiste en tener dos morales opuestas, como resultaría de tener dos verdades antagónicas. Esto es la definición de la hipocresía, vicio infame entre todos.

Al propio tiempo, el robo no resulta ya malo por la iniquidad que comporta, sino por la mayor o menor capacidad material para defenderlo una vez ejecutado. Un pueblo fuerte,

resultará, así, teniendo derecho para robar a otro más débil ; y si es el más fuerte de los pueblos, para robarlos a todos. He aquí el sentido recto de la dominación universal a que aspiran el dios único del monoteísmo y el autócrata militar del absolutismo.

Filosofando así, con nuestra mediana sensatez de hombres honrados, pues nada más se necesita para raciocinar la moral, conforme al precepto socrático, descubrimos que el despotismo es barbarie : regreso a la ferocidad de los tiempos salvajes cuando imperaba el egoísmo ciego que los hombres domaron organizando la bondad : es decir instituyendo la moral, que en eso consiste.

Mas todo lo dicho parece no comportar locura. Descubrimos que ésta existe en cuanto el despotismo resulta negativo del concepto de proporción.

Hemos visto ya que el militarismo y el fanatismo son sendas desproporciones. Tanto más lo será el despotismo que los resume. La pérdida de la razón, que llamamos locura, consiste en lo mismo ; pues raciocinar es apreciar la importancia de las cosas para establecer respecto a ellas un criterio de coordinación ; con lo cual resultan proporcionadas entre sí. La razón es, pues, una armonía : vale decir

el fenómeno característico de la proporción, que se llame argumento lógico, teorema demostrado, sinfonía o vida orgánica. La desarmonía llamada locura, consiste por el contrario en el predominio que adquiere sobre el espíritu la importancia de una sola cosa, constituyendo, así, la manía del enajenado. Y por eso la locura es enfermedad : fenómeno contrario a la vida. De aquí a su vez el monstruoso egoísmo del loco, para quien nada vale fuera de su manía. Egoísmo que comporta la inmoralidad de sacrificarlo todo sin escrúpulos : afectos, deber, honor, a la manía perturbadora. Cuando un pueblo se declara escogido por el destino o por Dios para dominar a los otros, pretendiendo justificar con ello todas las iniquidades conducentes a dicho fin, está padeciendo la locura despótica.

Más fácil es todavía apreciar en la historia este gran mal colectivo. Así sucede también con otras pestes de análoga difusión, como el terror místico del Año Mil, la brujería medioeval, la lepra y el « mal de los ardientes ».

Observamos cómo los pueblos en los cuales predomina el concepto de proporción, los pueblos de razón y de belleza, son refractarios al despotismo. Atenas en la antigüedad, no sufre más que fugaces tiranías de origen o de

carácter demagógico. Su estado normal es la libertad y la tolerancia. En cambio, el despotismo asiático la tiene por insalvable escollo. Francia engendra a Napoleón; pero éste no le dura. Lo que sí permanece es su libertad, encalladero del despotismo germánico.

Los pueblos en los cuales prepondera la noción de la desmesura, caracterizada por la admiración de lo colosal, los pueblos de fe y de obediencia, padecen el despotismo durante largas épocas y lo soportan con facilidad. Son la Persia del mundo antiguo y la Alemania contemporánea. Para los pueblos estéticos, lo principal en la vida es la adquisición de la dicha espiritual que constituye el estado de belleza. Para los pueblos creyentes, lo es el bienestar material. En el próximo artículo veremos los efectos de esta predisposición sobre el desarrollo de la locura despótica.

## III

### De los amos y de los siervos

Es posible precisar históricamente cuándo invadió el mal que estudiamos al mundo grecolatino de la tolerancia politeísta y de la simpatía humanitaria; pues fué en él donde se

definió efectiva y primeramente la idea de humanidad, bajo el concepto estoico del « género humano ». Aquello ocurrió cuando los generales de Alejandro el macedonio, corrompidos por la adulación oriental, tornáronse monarcas de derecho divino, o reyes divinizados a la oriental usanza. Así los Seléucidas en Siria y los Lágidas en Egipto.

Los pueblos orientales, admiradores de lo colosal, según puede verse en sus monumentos de arquitectura y de escultura, fueron también autores de los cultos monoteístas y creadores de los ejércitos inmensos : « las naciones en armas » con que, para no recordar sino el ejemplo más conocido, Jerjes atacó a Grecia. Sufrían en forma endémica la enfermedad despótica ; con lo cual había llegado a transformárseles en estado místico. Bajo tal desmedro, acabaron por connaturalizarse con la idea de que el amo es substancial y originariamente superior a los demás hombres ; y como el monoteísmo no admite otro ser superior al hombre que Dios, la superioridad del amo resultaba de naturaleza divina. Su potestad era, pues, un derecho emanado de esta condición : el derecho divino con que el amo a su vez se divinizaba. Hubo así sobre la tierra una condición superior a la de hombre : la

de rey, por sus particulares atributos divinos. Hijo de Dios, el rey venía a ser también su mejor agente. Entonces, de suyo, se le agregó el pontificado. El sistema despótico alcanzaba su perfección, y el monarca divinizado fué su encarnación natural.

Aquellos generales de Alejandro no supieron resistir a la tentación cuando la victoria puso en sus manos semejante poder. Probablemente los pueblos orientales, embrutecidos por su misma servidumbre, sin contar lo que a ella predisponíalos su propio modo de ser, tampoco habrían comprendido otra cosa; pero sea como quiera, el hecho está ahí: aquellos jefes transformáronse en déspotas orientales.

Preparadas así las cosas, César fué a contraer la enfermedad en Egipto, corrompida su alma por la descendiente de uno de aquéllos; y vuelto a Roma con el germen maléfico triunfante en el auge de su propia fortuna, la infección del mundo greco-latino comenzó.

Simultáneamente pronuncióse en Alejandría, la capital de los Lágidas a cuya dinastía perteneció Cleopatra, la ruina del politeísmo en la burla de los mitos obscenos. Es que la divinización de los reyes, al no excluir, pues más bien las fomentaba, sus humanas miserias, salía demasiado burda para el tempe-

ramento irónico del griego: con lo cual éste dió en reirse de las divinidades invisibles, suponiéndolas parecidas al pariente corporal, sin correr los riesgos de la lesa majestad humana. Antíocos, Tolomeos y Césares, educados bajo la tolerancia pagana que con el desgaste del envejecido culto habíase transformado en bondadoso escepticismo, no se cuidaron gran cosa del sacrilegio. El senado romano siguió creyendo que «las ofensas a los dioses sólo a ellos mismos corresponden»: *offensa deorum diis curae.* Los poetas alejandrinos continuaron personificando en innumerables númenes todos los caprichos de la sensualidad.

Y en eso el cristianismo prosperó con los grupos anárquicos de Roma, generalmente capitaneados por proletarios judíos que atrajo en gran número la capital después de la dispersión de Adriano, y con los israelitas helenizantes de Egipto.

La nueva religión preconizaba el monoteísmo oriental, las guerras teocráticas de las tribus semitas, la intolerancia feroz de los cultos impuestos a rigor de espada; y al propio tiempo la delicia pasiva del estado servil, el mérito de la renunciación ascética, la conexión con el fakirismo hindú en la parálisis

extática de los estilitas. Era la expresión sintética de una raza que tenía demasiado próxima aún su gloria de « pueblo escogido » por Jehová para las conquistas implacables, cuando ya estaba gustando todas las amarguras de la derrota y la proscripción. Así le había venido el desprecio de los bienes humanos bajo la forma envidiosa del odio al rico, incapacitado por serlo para la salvación, y la humildad del servilismo aceptado, que no es sino impotencia de reaccionar ante la injuria. La obediencia resultó ser el dogma fundamental, que así beneficiaba al amo, manteniéndole fieles los siervos, como proporcionaba a éstos la conformidad pasiva o resignación; consistiendo la peculiaridad del nuevo culto en una mera inversión formal.

Efectivamente, aquella recomposición del monoteísmo y del despotismo orientales, en vez de tener por origen un pueblo victorioso, provenía de otro vencido sin esperanza. El manto regio y la áurea diadema de los cultos substancialmente idénticos que dominaron en Asiria, en Egipto, en la misma Judea salomónica, tenían que ser para el nuevo culto sórdido harapo y corona de espinas. Pero aquello fué el reverso de la misma medalla. El principio de autoridad se invirtió en dogma

de obediencia. El amo, bajo el nombre de Papa, llamóse « siervo de los siervos de Dios », pero fué más amo que nunca. Esta fórmula demagógica halagaba por igual a la plebe romana y a la plebe judía cuya índole sediciosa habíase exasperado con la derrota hasta el paroxismo.

Aquella religión de esclavos sin dignidad y sin patria, enemigos mortales de Roma, prendió bien entre los bárbaros del Norte con quienes entendióse a traición para conquistar el mundo latino. No en vano, quizá, el cristianismo salió de la raza semítica dolicocéfala, larga de cara y prominente de nariz, tal cual lo es la raza germánica ; pues dicha construcción craneana, indicio seguro de analogía cerebral, explica tal vez la semejanza psicológica y con ello la facilidad de entenderse (1). El hecho es que los bárbaros del norte manifestaban igual inclinación al despotismo. Y para que se vea que no conjeturo ni divago, citaré un texto concluyente.

Nada recomiendan tanto los cristianos a quien desee obtener la perfección espiritual,

---

(1) Corresponde precisamente a los filósofos pangermanistas la clasificación de las razas por su estructura craneana, que según ellos predestinaba para el triunfo a las dolicocéfalas...

como la *Imitación de Cristo* por Tomás de Kempis. Véase el texto en que dicho autor, que fué, nótese bien, un monje prusiano, formula el dogma de obediencia como el mejor regalo para el alma:

« No hay cosa mejor que obedecer y vivir sometido a un amo, renunciando a la voluntad propia. Mucho más seguro es obedecer que mandar ». (op. cit. lib. I, cap. IV).

Tal es el estado místico o pasivo de la locura despótica. Su paroxismo más espantoso, y por lo tanto quizá mortal, lo estamos viendo. Fáltanos hacer solamente su pronóstico.

## IV

### Del fin de los monstruos

La ciencia ha conseguido establecer que en la evolución de las especies el gigantismo es causa de extinción. Cuando un organismo se desmesura, rompe con ello el equilibrio de su medio vital, disminuyendo consecutivamente sus propias posibilidades de sostenerse, y suscitando contra él a los otros organismos cuya prosperidad interrumpe o estorba. El monstruo es una trasgresión de las leyes vitales, que más o menos pronto, pero seguramente, reac-

cionan para destruirlo. Así, quien triunfa en la lucha por la vida, no es el gigante feroz sino el mediano, pacífico y fecundo. El mundo primitivo abundaba de aquellos colosos. En la era secundaria (período liásico del sistema jurásico) prosperaron con asombrosa multiplicidad las grandes fieras del agua. Ahora sólo quedan el cocodrilo y el tiburón, todavía muy inferiores a ellas.

Durante la era cuaternaria (antiguo pleistoceno) las fieras terrestres eran mucho mayores y más numerosas que las actuales. Estas van disminuyendo hasta desaparecer de extensas comarcas en plena época histórica. En el aire sucede lo propio con águilas y cóndores. Edades hace ya que desaparecieron los pájaros dentados. El dominio de la fiera se extingue visiblemente en la naturaleza. Y esto significa que la ferocidad deja de constituir una aptitud vital para los seres. El triunfo en la lucha por la vida, no es, pues, de los más fuertes para la violencia sino de los más aptos para acomodarse al medio. Mientras las grandes fieras han desaparecido, muchos seres contemporáneos suyas: inofensivos moluscos, pequeños roedores, delicados insectos subsisten en plena prosperidad. La vida amable es lo que más dura. El mundo se encamina a

la belleza y a la paz. Así, en el vegetal desaparecen también los gigantes y aumentan las plantas corolifloras. Ellas fueron la excepción o no existieron durante las primeras edades. El sistema jurásico de los reptiles enormes y fieros, fué también por excelencia el de las cicadeas, grandes y tristes plantas, medio palmeras, medio helechos, cuyas flores eran botones leñosos.

La evolución natural perfecciona, pues, la belleza de la flor. El molusco que subsiste, suda el nácar hermoso. Algunos ratoncillos de remotísima antigüedad, parecen conservar del pájaro el arte del nido y la facultad del gorjeo. La mariposa que ya divagaba ante el belfo del león, es una flor volante.

Al propio tiempo, la individualidad caracterizada exteriormente por el dimorfismo de los seres, progresa. Los árboles primitivos eran, por ejemplo, más simétricos y uniformes que los actuales. Las asociaciones colectivistas constituyen excepción en zoología: aun en la clase de los insectos, corresponden solamente al orden de los himenópteros. Lo mismo ocurre con los pólipos en la triple inmensa rama de la vida zoófita.

Salvo estos casos, el individuo es un fenómeno de vida completa: el fenómeno corriente

y normal de esa vida. Todo esto compone una armonía perceptible para el hombre en el placer que sus manifestaciones le causan: así el color de los seres pequeños y medianos, los sonidos que emiten, la gracia de sus movimientos. Los gigantes y las fieras tienen habitualmente colores ingratos: el fusco del polvo, el flavo de la hojarasca; su voz es desagradable o pavorosa; sus movimientos, por lo común, brutales. Una y otra cosa son efectos de su proporción y desproporción relativas al hombre, que así resulta naturalmente desvinculado de gigantes y fieras. La armonía vital, sensible en su agrado, está, pues, conforme con su noción científica de la mayor aptitud vital. Ante su ética, su estética y su verdad, los mejores no son los más grandes ni los más fuertes: son los más proporcionados. Como la vida humana forma parte de la vida terrestre, debemos lógicamente suponerla determinada por análogas tendencias en el individuo y en la sociedad. Y efectivamente, en el primero, el gigantismo y el crimen son enfermedades. A despecho de lo que superficialmente podrían indicar al criterio indocto la ventaja corporal del gigante y la fiereza del criminal, sabemos que ambas son estigmas degenerativos.

Así ha podido establecerse el origen de al-

gunos casos de gigantismo en ciertas perturbaciones de la glándula pituitaria, y la causa de muchos crímenes en la epilepsia y en la anomalía sexual. Mas el hecho de que triunfe el gigante en un momento dado, o de que el criminal ofenda con mayor eficacia a consecuencia de sus sendas degeneraciones, no nos impulsará a cultivarlas como excelentes cualidades. Es que la prosperidad de la vida no consiste en el dominio sino en el ejercicio feliz de las aptitudes peculiares a cada ser; con lo cual resultan ellas complementarias en vez de antagónicas. Así se constituye la armonía vital, y así también la sociedad se organiza. Ello debe contar y cuenta con la violencia de los seres carnívoros en el reino animal y con los criminales en la sociedad humana; mas no para reconocerles despotismo, pues en este caso la consecuencia fatal sería la extinción de toda vida.

Dícese que el rápido exterminio del león por los colonos del Africa austral, ocasionó una abundancia tal de antílopes, que los cultivos de aquellos mismos colonos peligraron seriamente; visto lo cual, fué necesario reconocer que debía contarse con los leones y no acabarlos. Podría sacarse, quizá, de esto, alguna analogía entre la actividad de dicha fiera y

la del criminal en las sociedades humanas, si no fuese que los hombres no viven como los animales, consistiendo en esto precisamente la dignidad de su condición. Pero el despotismo va mucho más lejos. Pretende que la vida entera se organice para el león; y no sólo al efecto de su ración eventual, sino para engrandecerla incesantemente con el vasallaje. Aquí está la desproporción monstruosa que lleva consigo el germen de su propia muerte. Y por esto el despotismo nunca ha realizado su ensueño de dominación universal ni puede realizarlo.

El déspota que esa quimera llega a abrigar, es un loco suicida: se mata creciendo. Día más o menos puede con él la sencilla ley proverbial de que quien mucho abarca poco aprieta. Y estas cosas ya se han visto. Napoleón conquistó antes mucho más que Guillermo ahora, y cayó por exceso de poder. Las potencias monstruosas no triunfan, porque de suyo niegan la vida, y sólo hay victoria en la vida que prospera. Lo que pueden hacer es destruir, porque tal es la condición de toda enfermedad. Conquistar lo único que la enfermedad triunfante conquista: el cadáver en que ella misma muere.

Mientras tanto, lo que subsiste es la propor-

ción, fundamento de justicia y de belleza.

Bélgica vivirá más que Alemania. Serbia permanecerá cuando Austria haya desaparecido.

———

## El deber americano

---

Hoy 4 de julio de 1918, poco más de un año después que empezaron su guerra contra el Imperio Alemán, los Estados Unidos tienen sobre los campos de Francia un millón de hombres combatiendo por la libertad.

No me propongo comentar, por cierto, este esfuerzo prodigioso que la gran nación ha realizado sin violencia ni perturbación visible, lo cual demuestra su capacidad de multiplicarlo, como lo hará sin duda, hasta sobrepasar en el océano abierto y bravísimo, acechado por todos los ardides de la piratería submarina, aquella hazaña de los persas de Jerjes, tachada de quimérica, aun cuando sólo debió vencer por donde lo hizo dos kilómetros escasos del Helesponto. Lo que me interesa es saber que esos hombres realizan tan maravillosa empresa con el único objeto de padecer y morir por la libertad. Por una satisfacción moral, no por una ganancia física. Así los cruzados

del siglo XI perseguían la liberación de un sepulcro que no contenía cuerpo material alguno y cuya misma existencia era un punto ideal en un estéril despeñadero. Así es de noble y de hermoso el esfuerzo de los Estados Unidos. Y por esto, al ver que ellos lo realizaban, sus hermanos de buena fe comprendimos que como las cruzadas de la Edad Media ese acontecimiento inauguraba una nueva civilización.

Tiene también aquéllo otra significación importante: la de probar que los pueblos libres son tan capaces del esfuerzo colosal como los pueblos militaristas, y tan sufridos y valerosos como ellos, sin necesidad de entregar para conseguirlo su albedrío y su dignidad en manos de los autócratas. Esta lección aprovechará sobre todo a Alemania con la cual contamos siempre para la libertad, todos cuantos queriéndola redimida del militarismo, somos sin duda los verdaderos germanófilos. Ya nos lo reconocerán un día otros alemanes mejores y más numerosos que las veinte docenas de nobles rapaces y asesinos a quienes aventará sobre sus propias alas de buitre el huracán revolucionario. Y los veremos por acá mismo, quizá, demandándonos la merced que no tuvieron.

Y todavía expresa una cosa más bella el esfuerzo de los Estados Unidos : que la justicia y la libertad no tienen patria. Y que en consecuencia el deber del hombre libre consiste en morir por ellas doquier esté.

Tal es el deber americano que formularon nuestros padres el mismo día de nuestro nacimiento a la libertad.

Efectivamente, el 25 de mayo, la Junta inmortal dijo en su manifiesto a los pueblos : « llevad hasta los últimos términos de la tierra la persuasión de vuestra cordialidad » ; o sea una declaración de fraternidad humana. La revolución se hizo para emancipar a toda la América. El himno de la patria saludaba a los libres del mundo con el sagrado grito. Belgrano y San Martín no reconocieron fronteras a la empresa de libertar.

Idéntico fué el espíritu que animara a todos los pueblos del continente. Libertar a un oprimido es como curar a un enfermo : acto de caridad humana. No hay consideración legal que pueda impedirlo. Por ello todo libertador es también revolucionario.

Los Estados Unidos habían declarado ya la libertad de América con su doctrina de Monroe, transformándola en acto eficaz siempre que fué necesario. Pero su ideal iba más lejos. Su

Constitución, como la nuestra, al proclamar y reconocer los derechos del hombre, era de suyo para la humanidad. Su deber, llegado el caso, tenía que llevarlos a sacrificarse por los mismos principios. Así lo expresó y lo está practicando Wilson en nombre de su pueblo.

Cincuenta años después que nuestro himno lanzara su llamamiento y su salutación a « los mortales », Wihtman, el vate yanqui, el inmenso poeta de la democracia individualista, escribía su gigantesco « Saludo al Mundo », que simbólicamente sin duda tituló en lengua francesa. Al final del trozo undécimo, después que enumera los pueblos de la tierra : « Salud a todos ! » les dice : « expresiones a todos, de mi parte y en nombre de América » Y en los cuatro últimos versos del canto : « Hacia todos vosotros — exclama como un profeta — alzo mi mano perpendicular haciendo la seña ».

Ese poeta no tenía seguramente noticia alguna del nuestro ni de su canto ; pero tal es el ideal americano, que arranca en toda latitud y en toda lengua el mismo voto.

Tal fué asimismo el deber que por desdicha nuestra dejamos de cumplir.

Prefiriendo el concepto egoísta de la antigua civilización, que no es la nuestra, al de la nueva que inauguramos en 1810, optamos por vender

provechosamente a los nuevos cruzados nuestras carnes y nuestro trigo. Mal negocio, dijimos los que recordábamos que una especulación igual arruinó a Venecia. Mal negocio, porque es la explotación del dolor humano, con lo cual viola una terrible ley en cuya virtud el precio de la sangre pasa como arena entre los dedos avaros, sin dejar más que un residuo de ignominia.

No existe, dijimos, interés más alto que el honor, ni nada que más convenga positivamente. Lo que nosotros vendamos en vez de darlo a quienes combaten por la libertad del mundo, y de consiguiente por nosotros también, representa una ayuda eficaz al despotismo. Haciéndolo así, pusímonos entre los pueblos serviles. Lo digo sin temor ni arrebato, porque no busco popularidad ni me causa otra cosa que compasión el error de mi pobre pueblo. Así tiene que ser cuando el orgullo nacional finca en una bolsa de trigo o en un cuarto de carne congelada. El pueblo que tal procede, vale entonces lo que su carne y su trigo.

Se nos replicó que el precio alcanzado por nuestros cereales « mediante la neutralidad », era magnífico, y que con ello la riqueza iba a crecer. La carestía aumenta y nuestros cereales bajan diariamente de precio. El maíz

vale menos que la leña de nuestros bosques y empezamos a quemarlo en su reemplazo. Si hubiéramos entrado en la liga de las naciones libres, tendríamos carbón, la garantía del tesoro universal que administran ahora los Estados Unidos, y algo más valioso todavía : la unificación del derecho público americano y europeo alcanzada por nuestra influencia como a su tiempo lo probé, y la adopción de nuestras doctrinas de justicia internacional : vale decir la coparticipación de potencia a potencia en la práctica de la doctrina wilsoniana.

Ganamos en cambio el aislamiento continental, puesto que dejamos separarse de nuestro concierto histórico al Perú y al Uruguay en momento tan solemne ; mientras solidarizándonos con rencores ajenos, planeábamos una vaga alianza con Méjico que positivamente no sabe adónde va, y con Chile, que por idéntico exceso de habilidad ha perdido su tradicional influencia sobre el Ecuador, aislándose a su vez completamente. Pero Méjico y Chile tenían un motivo al menos. Lo nuestro fué una especie de romanticismo a contrapelo cuyos únicos productos resultan ser una embajada mejicana sin objeto y una reticencia chilena. Sin contar el fracaso del congreso de

neutrales que falleció nonato como estaba previsto.

No podíamos, al decir del neutralismo, aceptar la jefatura panamericana de los Estados Unidos sin detrimento de nuestra categoría entre las naciones.

El 24 de agosto de 1826, en plena guerra con el Brasil, lo cual excluye toda distracción del patriotismo, y precisamente para explicar las causas del conflicto al gobierno de la Unión, el de don Bernardino Rivadavia decía al encargado de negocios de aquél :

« La guerra en que se halla empeñada esta república es de una naturaleza y carácter que pone al gobierno de las Provincias Unidas en el deber de manifestar francamente sus ideas y sentimientos a todas las repúblicas de América, y con especialidad a la de los Estados Unidos, que por su antigüedad, su civilización y capacidad, preside la política del Continente Americano ».

Ahora bien : los tiempos han pasado, pero la situación es igual.

Contando efectivamente los pueblos por lo que en ellos vale más, y es la población que los constituye, la proporción del nuestro con aquél no ha variado desde 1810. Y con todos los demás progresos sucede también lo propio.

No tenemos por qué creernos nosotros más patriotas y más estadistas que Rivadavia

Pero el triunfo del militarismo alemán debía producirnos compensaciones fantásticas si permanecíamos neutrales, a empezar por la graciosa devolución de las islas Malvinas.

La caballeresca y culta Suecia, manchada de traición por sus diplomáticos y políticos al servicio de Alemania, soñaba con la reivindicación de las islas Aaland detentadas por la Rusia zarista, para tener el rango que le corresponde en el Báltico. Suecia es país de raza germánica, limítrofe, poco temible para el imperio, tradicionalmente germanófilo y anglófobo. Alemania se ha apoderado de las tales islas con los mismos propósitos que Rusia, y el Báltico al decir de los pangermanistas debe ser un lago alemán. Suecia no conservará, pues, sino su mancha. Finlandia que una vez independiente debía ser su aliada natural, cae bajo la garra del feudalismo germánico. Así paga el imperio a Suecia algo más valioso que la neutralidad. España está costeando con la ruina de su comercio marítimo, con muchas vidas de trabajadores y con la traición interna recién develada, un hipotético Gibraltar. Finlandia y Ukrania que clamaban por los libertadores alemanes, sufren la imposición de res-

tauraciones monárquicas anticipadas por bárbaras dictaduras. Rusia que aceptó la ignominia de Brest Litovsk para obtener la paz, tiene ahora dos guerras además del baldón.

Nosotros pasamos por consecuencias parecidas, si menos graves.

La inquietud de la conciencia nos ha llevado a aumentar en cinco regimientos las tropas, no obstante la penuria del tesoro ; y para el año entrante, el ejército nos costará ocho millones más en cálculo estricto. Empezamos, pues, a padecer la neutralidad cara en vez de la neutralidad proficua que decía la propaganda germánica. Insolencias recientes que no quiero comentar, habrán revelado al gobierno cómo agradecen los germanófilos de su predilección tanta fineza gastada en obsequio suyo.

Es que el despotismo y sus agentes no pueden dar sino lo que tienen : servilismo, ingratitud, brutalidad materialista, tentaciones bajas, especulaciones sórdidas en que la pasividad negociada es una forma de prostitución.

Los Estados Unidos saben por cuenta propia, pues padecieron el mismo error, lo que valen esos negocios de Judas.

Felizmente para ellos, el águila capitolina despertó a tiempo, sacudiendo de la pata arrogante y de la cabeza audaz sus rayos y sus es-

trellas. Tendió en el cielo sus alas anchurosas de fuerza y de serenidad, como si engrandecieran aún el firmamento que se llevaban. No buscaba la gloria sangrienta de los monstruos bicéfalos que engendró el despotismo del viejo mundo, ni la seguridad visible en aquella agachadiza parsimonia de los cóndores australes que preferían ser buitres ahitos sobre sus peñas históricas. Animábala el gran fuego de los días de Wáshington. Al atravesar las nubes, junto al sol familiar, embanderábase de blanco y azul como una Argentina...

———

## NÔTRE FÊTE

(14 de Julio de 1918)

*Le jour de gloire est arrivé*

Or, nous avions aussi notre Bastille, et telle
Qu'à l'ombre du cachot par leurs sbires creusé,
Le fantôme sinistre et morne du passé
Retordait le verrou de l'ancienne tutelle.

Mais notre coeur loyal déjoua sa cautèle ;
Et le Soleil de Mai par nos couleurs dressé,
Elargit d'un jour sur le grand bleu rehaussé,
L'immensité de ton essor, France immortelle.

Ainsi que surmontant les profonds couchants d'or,
Son rêve lumineux prolonge le condor,
Notre amour s'embellit de ta grande espérance.

Et sous les frais rameaux du laurier des vainqueurs,
Depuis ce jour de gloire embaumera nos coeurs
Une même douceur d'Argentine et de France.

## LE CHARME DE FRANCE

(14 de Julio de 1918)

Voyez-vous dans le ciel immense
La douce étoile du matin?
L'ombre finit et recommence
A son frémissement lointain.

*

Son giron de haute donzelle
Berce la nuit pour l'abîmer.
Le soleil, à cette etincelle,
Son fagot d'or va rallumer.

*

Voyez-vous sur la plaine où tresse
Le renouveau son frais panier,
La flamme vive qui redresse
Le coquelicot printanier?

*

Elle exprime les forces sures
Qui reveillent coeur et saison,
Et des heroïques blessures
La glorieuse floraison.

Voyez-vous cette jeune grace
Plus frêle que le peuplier,
Et dont le monde suit la trace
Que n'empreint son petit soulier ?

*

En vain la malice subtile
Aurait un roi pour compagnon:
Tout l'or du monde est inutile
Pour enchaîner ce pied mignon.

*

Voyez-vous plâner sur la terre
L'alouette, ivre de son chant ?
Le ciel lui livre son mystère,
Les prés bleus leur rêve touchant.

*

Derrière la ronce entrouverte
L'aube s'emeut comme un esprit,
Et tremblant sur la feuille verte,
De toutes ses perles sourit.

*

Tel, oiseau, femme, fleur, étoile,
Le charme arrange son tableau.
L'air vibrant lui donne sa toile,
Le bleu du ciel la brosse et l'eau.

*

Et c'est bien ce charme de France
Que jalouserait la beauté,

Fait d'heroïsme et d'esperance,
D'amour, de grace et de clarté.

*

Mais, sous l'allure coutumière
De l'oiseau, la femme et la fleur,
Exaltent leur grande lumière
Liberté, constance et valeur.

*

Au rayon de l'étoile enflamme
Son or fauve l'oeil du lion,
Et Durandal dresse sa lame
Pour le suprème talion.

———

## A los republicanos españoles

---

Buenos Aires, noviembre 7 de 1918.

Señor presidente del Centro Español de Unión Republicana, don Manuel R. Rodríguez.

De mi mayor consideración:

He tenido el honor de recibir la generosa comunicación que por el Centro de su digna presidencia se sirve hacerme, para aplaudir mi actitud ante la guerra universal y sus consecuencias.

Quiera usted creer que ese voto me es particularmente grato, por venir de aquellos españoles con quienes me siento unido por la raza y por el espíritu, que vale más, sin duda, al constituir en la comunidad de los ideales *la raza humana* igual ante la libertad y la justicia.

Pues tanto como soy de esos españoles, y para mi honra, declaréme siempre enemigo de la España fanática, absolutista y germanófila, que no es creación española sino cosa austriaca : la España de Carlos V y de Felipe II, aquella de la cual abominaba Pi y Margall cuyo recuerdo evocado por ustedes constituye para mi una veneración que alimento casi desde la infancia.

Hay tres Españas germánicas que por tres veces han causado la ruina de la España española : la de los godos que la abrieron al Islam con la infamia de su barbarie ; la de los Austrias que la postraron en secular derrota y la arrojaron de sí misma para América y para el Oriente ; y la de ahora, que funesta como siempre, se vincula al desastre, para ser menos todavía que un vencido, en la miseria más triste de su historia.

Pero así como la España española — la nuestra, pues — renació en la Covadonga genuina y retoñó en la América republicana de 1810, por la cepa de los conquistadores que consigo trajeron lo mejor de la raza, espero verla recobrarse, y pronto, en la democracia de los tiempos heroicos : aquella que por mano del Cid se imponía a los papas y enfrenaba a los reyes.

Yo siempre he hablado de España como un español : bien y mal. Porque así ocurre cuando se quiere de veras. No he hecho confraternidad de protocolo, para agradar mintiendo, porque es esa la más *cobarde explotación* de los sentimientos más respetables. No lo haré nunca. No he repicado sobre el famoso *Peñón* cuya conquista, conviene recordarlo, provino de una guerra dinástica en la cual fué aliada de Inglaterra toda la Alemania, y especialmente Prusia, con la sola excepción de Baviera : *guerra austriaca* por excelencia, para mayor perfección...

Creo como el gran español don Miguel de Unamuno, que el mal de España, o el mayor de sus males, consiste en el engaño en que vive respecto de sí misma, y que con tanto cinismo fomentan esas alabanzas desvergonzadas cuya ingenua aceptación es un síntoma de decadencia.

Por esto, a título de argentino republicano soy republicano español y estoy con ustedes de todo corazón en nombre de la España libre.

---

## La sentencia del destino

(Octubre de 1918)

---

Alemania acaba de oir su sentencia, formulada por el dilema supremo en que ella misma puso a los pueblos cuando contra éstos se lanzó: libertad o muerte. O mata su despotismo, o muere de él. Tal es lo que Wilson le ha contestado.

Este Wilson que así responde a la autocracia, es el hombre del destino. No tiene espada ni corona. No es genio ni santo. No se considera agente de la divinidad. Pero posee una cosa mucho más fuerte que todo eso: la justicia comprendida con sencillez y rectitud, tal cual la entiende el buen hombre que en el folletín o en el cinematógrafo exige como final satisfactorio el triunfo del inocente tras el fracaso del malvado. Así la ciencia nos enseña que las transformaciones a cuya virtud va asentando

sus cimientos el mundo, no las causa el trastorno eventual sino la armoniosa constancia de las fuerzas tranquilas. Por esto la democracia triunfa sobre el despotismo, y Wilson, un grande hombre a la americana, como el mejicano Juárez o nuestro Rivadavia, es, según dijéramos, el hombre del destino.

Hace efectivamente noventa y cinco años, la Santa Alianza de los déspotas resolvió no tolerar en ningún pueblo la constitución de la democracia. El presidente de los Estados Unidos, Monroe, se le cruzó por delante y salvó la democracia en América. Hoy la alianza humana de los pueblos libres decreta a su vez que el despotismo es intolerable. Y es otro presidente de los Estados Unidos quien lo hará cumplir, asegurando de este modo el establecimiento de una nueva civilización.

Este es, pues, el éxito definitivo de aquella obra que iniciamos en mayo de 1810, y de aquella fórmula argentina que sintetiza el preámbulo de nuestra constitución: « América para la humanidad ». Tanto como a los mismos Estados Unidos nos interesa entonces. Y he aquí por qué le debemos particularmente un poco de reflexión.

La solidaridad humana y nuestro propio interés impúlsannos a desear que reine la

salud en la casa del vecino. Porque si el vecino está enfermo, puede contagiarnos. De tal modo nos reconocemos el derecho de intervenir en la casa vecina cuando está apestada, y así lo hacemos por bondad y por conveniencia. De tal suerte fuimos a libertar pueblos y proclamamos doctrinas de humano bienestar, reconociendo con ello que la libertad y la justicia no tienen patria. Y por la misma razón debimos formar en la alianza humana de los pueblos libres como se aconsejó a tiempo; y a causa de no haberlo hecho cargamos ahora con el oprobio de los desertores.

Nuestra posición ante el desenlace que comienza es confusa y contradictoria. Popularmente hablando, somos de aquella alianza; oficialmente figuramos entre los vencidos, porque a nuestro gobierno se lo considera germanófilo. Es que efectivamente toda nuestra política internacional se ha basado en el error de creer que Alemania triunfaría. Este error, insistamos en ello, no lo cometió el pueblo sino los gobernantes. El pueblo no participó en él sino por la vacilación con que se llamó a silencio después de haberse manifestado favorable a la alianza en toda ocasión, y seguramente más desorientado que convencido. Hizo así honor al acierto de sus gobernantes

que reservaban quizá grandes cosas en el misterio de su obstinado callar. Si de algo pecó su conducta, fué de prudente. Fió también demasiado en la apariencia de algunos triunfos militares y en el éxito de los grandes negocios que según se le dijo nos aseguraría la neutralidad. Caporetto lo acobardó bastante y el arreglo de la cosecha lo deslumbró otro poco. Ello no es de extrañar. ¡ Estamos tan acostumbrados a confundir el honor nacional con la carne congelada y con el trigo !...

Todo esto queda dicho porque yo no me propongo alabar ni vituperar al pueblo ni al gobierno. El pueblo es soberano y el gobierno tiene la fuerza. Pueden desoirme y menospreciarme. Pero si lo que yo digo es verdad, será verdad, no más, a despecho del gobierno y del pueblo.

Y desde luego es verdad que el gobierno se ha equivocado. La derrota de Alemania es un hecho. Los negocios de la neutralidad son un fracaso. En cambio la neutralidad nos ha puesto entre los países germanófilos. La victoria de la justicia y de la libertad, que pudo ser también nuestra, es ajena, si no contraria. El triunfo del panamericanismo que oficialmente quisimos contrariar por todos los medios, se engrandece hasta constituir

la nueva orientación humana. Congresos de neutrales, alianzas o inteligencias secretas, complacencias germanófilas, desaires a los países de la alianza, hostilidad contra sus capitales y sus industrias, equívocos con Luxburg y con el otro traidor de Suecia : tal es el balance de quiebra que oficialmente puede presentar el país.

Por esto es urgente que el pueblo rectifique, para lo cual le basta reiterar lo que ya anteriormente hiciera por cuenta propia : vale decir, pues no intento disimular nada, manifestando su disconformidad con la política internacional seguida por el gobierno.

Ya sé que van a salirme con la solidaridad patriótica ; con que no hay derecho a diferir del gobierno cuando se trata de política internacional ; con que, llegado el caso, resistiremos heroicamente toda imposición extranjera.

Tengo dicho ya que esa adhesión ciega al poder, por la mera razón de ser internacional el asunto, es puro fanatismo militarista. Nunca por el contrario debe el pueblo velar con más ahinco que cuando se trata de eso ; pues ahí van comprometidos su honor y sus intereses supremos, y fuera singular que tan luego entonces se declarara prácticamente incapaz. Tales son las pretensiones de esa maldita

diplomacía secreta que ha hundido al mundo en la sangre. Mientras ahora, como se está viendo, lo que vale es la diplomacia pública que hacen los pueblos y que consiste en la afirmación de los eternos principios de libertad y de justicia. La que dicta su respuesta histórica a Wilson, anticipándola sin ambages en el diario, en el mitin, en la deliberación abierta del congreso y hasta en el púlpito.

No, pues. Es el gobierno quien no tiene derecho de equivocarse contra el país. Ni menos a pretender que éste lo oiga sumiso cuando se ha equivocado. Ni a obstinarse en el error, sólo por creer que el pueblo resistiría heroicamente sus consecuencias.

Que esto, además de siniestramente absurdo, es también quimérico. Pues sólo resiste así quien tiene por suyas la razón y la justicia. Así resiste Serbia, pero no Bulgaria; así la República Francesa, pero no el Imperio Alemán (1).

Y también hay quien cree mala esta discusión de nuestro afligente estado, porque sería, dice, publicar lo que nos conviene que esté oculto.

Vana suposición. Por lo mismo que contamos entre las naciones dignas de interés, no pasaremos inadvertidos. Y al revés todavía,

(1) El Imperio Alemán rindióse, en efecto, quince días después.

es en los pueblos que luchan donde conocen esas nuestras cosas mejor que nosotros mismos según lo probaron ya los telegramas de Luxburg.

Por otra parte, debo esclarecer dos puntos de grande importancia.

Disentir con el gobierno en una democracia, no significa precisamente estar contra él. Puesto que la democracia es de suyo un régimen deliberativo. Así, en muchos casos el pueblo impone al gobierno modificaciones substanciales de su conducta y de su política; y del propio modo que tiene la facultad de aprobar su gestión, posee sin duda alguna la de hacer lo contrario. La armonía absoluta entre dos entidades pensantes, formula lo inconcebible. Se puede estar contra el gobierno en muchas cosas, sin ser por ello necesariamente opositor, y así sucede en todas las relaciones humanas. Puede haber en un matrimonio o en una amistad discrepancias y hasta reyertas, sin que ello sea causa de divorcio o de aborrecimiento. Necesitaré agregar que siendo yo extraño del todo a la política, las reflexiones precedentes no comportan una explicación personal. ¿Deberé todavía añadir que jamás pediré nada al pueblo, empezando por sus votos y acabando por sus glorias?

Y el otro punto que deseo esclarecer es éste:

Yo no creo que los países de la alianza vayan a castigarnos porque no estuvimos con ellos. Creo algo más grave: es decir que nosotros mismos nos castigamos con el aislamiento y que ya no podemos salir de él sin deshonra, como al renovar nuestra adhesión no expresemos la censura en ella implícita. Una omisión no se compensa con otra omisión. Ni ésta última vale nada cuando la anula el mismo hecho de que resultaría. Así toda manifestación favorable al triunfo de los aliados, censura de suyo la política que el gobierno sigue con ellos; porque siendo éste germanófilo, participa de la derrota alemana.

Ahora bien: si el pueblo no sabe diferenciarse con entera claridad, cae envuelto en ella. Pues la soberanía comporta la máxima responsabilidad. Un pueblo soberano no puede disculparse con los errores de su gobierno.

La sentencia del destino está pronunciada, y ahora ya no podemos elegir. Ni nos engañe una vez más nuestra aparente quietud ante las consecuencias que no ha podido evitar la inmensa Alemania de la autocracia y de los ejércitos. Se muere de mala conciencia como de mala salud, y no es falta menos grave que la transgresión del deber la cobardía que lo eludiera.

## El cóndor ciego

(Noviembre de 1918)

---

Los antiguos serranos del interior practicaban un juego bárbaro que era venganza también contra los cóndores dañinos. Cuando capturaban sano a uno de aquéllos, reventábanle los ojos y poníanlo en libertad. El ave enloquecida por la brusca ceguera, subía buscando la luz en arrebatado vuelo espiral; hasta que allá arriba, desengañada al contacto habitual del aire cuya soledad habíasele vuelto un inmenso frío obscuro, precipitábase de pronto con pavoroso ruido en el vértigo de su propia noche.

Así el materialismo altanero encúmbrase al principio ebrio de fuerza. Su ceguedad siniestra pretende sobrepasarse, hasta invertirse en luz con la potencia del remonte. Pero no escapará al aislamiento que lo anonada.

Noche y soledad, las lleva consigo. Su propia alma negra es la tumba en que se abisma. Por esto, mientras puede, busca víctimas con qué colmarla. Quiso dominar solo, único, supremo, y a este fin adoptó el terror, la perfidia, la avaricia ; amontonó tesoros ; aherrojó su corazón en la indiferencia ante la iniquidad, que agrega la hipocresía a la complicidad con el crimen. Con todo esto iba a erigirse el pedestal eminente o a asegurarse el bienestar egoísta ante el inmenso dolor solidario de los hombres ; y sólo había conseguido formarse un calabozo excavado en su propia sombra interior, como la ceguera del cóndor rapaz cuyos ojos reventaron los rústicos.

Esto, según se habrá visto ya, no alude solamente a los imperios de presa, sino a los países neutros que consiguieron arrastrar como arrastra su sombra el cuerpo vivo, aun cuando ella se proyecte en sentido inverso Pues lo digo para contribuir como yo puedo a que mi país aproveche la terrible lección de lo que está pasando en el mundo.

La verdad es que nos hallamos aislados o en compañía de otras sombras tan neutras como nosotros y aquejadas de igual insignificancia ; mientras lo que triunfa sobre la tierra entera es la solidaridad activa de quienes su-

pieron trabajar y padecer por la libertad de todos, sin excluir a enemigos ni a desertores.

Tratándose, pues, de un bien común a todos los pueblos, de una causa humana, no fué posible mantener la neutralidad sin eludir el deber que dicha causa imponía. No hubo, pues, sino combatientes y desertores, y nosotros somos de estos últimos.

El egoísmo y el miedo nos cegaron, y de aquí dimana que nuestra política internacional sea un fracaso en gran parte irremediable. Ante el porvenir abierto y la libertad iluminada por el mismo peligro sublime del alumbramiento maternal, preferimos el pasado y tuvimos más fe en el militarismo.

Tan profundo fué este error, que nuestro aislamiento resultará también un hecho ante la misma Alemania. Vamos a quedarnos como un año ha lo anticipé en el mitin que para pedir la ruptura de relaciones celebró la juventud de La Plata : « los últimos prusianos, sin Prusia y sin emperador ».

Porque ya entonces, y antes todavía, creí en una Alemania mejorada por la revolución. Ahora bien : esa Alemania no nos agradecerá nada. Suprimirá en la ignominia y en el olvido ese militarismo que admirábamos. Echará de su suelo o colgará de una horca a los re-

pugnantes condes que con tanto amor le protegimos. Aquella Austria de los emperadores ya no existe. La Turquía de los sultanes ha muerto. Nuestra pobre neutralidad se queda sola ante un limbo de espectros desvanecidos.

Ahora, para que también se vea cómo el materialismo militarista es contrario al honor, apreciemos por su propio texto las nuevas declaraciones de Austria y de Alemania.

No existe ejemplo de humillación igual. Los imperios se ponen a explicar cómo han cambiado sus formas de gobierno para atenerse a las exigencias de Wilson. Los germanófilos del mundo entero se escandalizaron ante aquella inaudita pretensión americana de inmiscuirse en la política interna de ambas naciones. Los propios imperios no lo creen así. Detallan obsequiosamente cómo lo hicieron. Quiere decir que Wilson los conocía bien. Sabía lo que vale en verdad el honor de los reyes. Lo que se puede realmente esperar de individuos que negocian con su amor, con su fe religiosa, con sus compromisos más sagrados: que así cambian de dios como de patria, y así se desposan o se desunen para alcanzar una corona. Es que a despecho de las apariencias, la condición de amo es tan infame como la de siervo. No hay sino el

hombre libre que tenga honor, y así lo está enseñando Wilson al mundo de tal manera que no lo olvide jamás.

Los amos imperiales pasan por todo con tal de salvar sus ejércitos. No los quieren ya para disputar un triunfo que se les ha escapado. Los necesitan para seguir esclavizando a sus pueblos. Hundida la patria, hay que asegurar la dinastía ; seguir engañando a la pobre gente con la falsa identidad de patria y gobierno ; imponiéndole el dogma militarista en cuya virtud el gobierno puede hacer con la patria lo que se le antoje : infamarla en la derrota, desangrarla, perderla, mientras el pueblo no lo debe siquiera comentar, porque entonces es traidor a la patria.

Pero ya no hay tiempo. Wilson les ha hecho a los pueblos austro-alemanes el servicio de condenarles su despotismo, como se los matará mañana si es menester. El rebajamiento inútil de la autocracia es otra batalla que ésta ha perdido.

Todo el materialismo cae así condenado.

Cae con el dogma de la « Alemania invencible » el llamado honor militar fundado en la sistematización del pillaje y del asesinato. Cae el positivismo pedantesco en cuya virtud el derecho formula tan sólo la realidad de la

fuerza. Cae la funesta inmoralidad de las dos morales, una para el individuo y otra para la colectividad. Cae el neutralismo, o sea la infame doctrina que niega la solidaridad humana ante lo único que la define como un estado superior: el peligro del débil subyugado por la iniquidad.

Entonces sólo un grande, un sincero acto de aproximación a los pueblos campeones de la justicia, y especialmente a los Estados Unidos, puede ponernos otra vez en el camino que dejamos; pues como decía Rivadavia, aquella gran república es quien « por su civilización y su capacidad preside la política del continente americano ». Ahora preside también la del mundo, habiendo alcanzado esta superioridad por su desinterés más admirable todavía que su heroísmo.

Y no es nada nuevo lo que al pueblo se le indica, sino la ratificación de una actitud.

Ello es tanto más necesario cuanto que, oficialmente hablando, mientras sólo tuvimos para los pueblos de la alianza libertadora buenas palabras, aunque harto difíciles y tardías, abundamos en presurosas obsecuencias, que fueron hechos, para la Alemania despótica.

Claro es que esto resultaría mucho mejor

si el gobierno, reconociendo virilmente sus errores, tomara la dirección por él mismo abandonada con tanta sinceridad como se quiera. No siendo yo político, nunca pueden convenirme los desaciertos del gobierno; al paso que mucho me interesa la concordia de todos los argentinos en punto tan capital. Pero no es el pueblo quien se halla obligado a ser gubernista, sino el gobierno quien lo está a proceder de acuerdo con el pueblo, como no lo hizo por desventura según ya lo puede ver.

Entretanto, salve el pueblo los ojos de su cóndor. No se engañe con la libertad de las alas sin rumbo que nadie intentará cortarle, pues ellas mismas han de ser, si lo merece, el instrumento de su castigo. Tome ejemplo de lo que ya le pasa al gallinazo ciego de la neutralidad.

———

## La hora de la victoria

(Noviembre de 1918)

---

El arrebato de entusiasmo con que el pueblo de la república festejara la noticia prematura, pero no incierta, del armisticio entre la alianza de las naciones libres y el Imperio Alemán, constituyó por su mismo carácter la celebración de un triunfo. Resplandecía al fin del todo, con la rendición del militarismo prusiano, la libertad agredida a muerte. Había llegado la paz, pero la paz de la victoria. La otra, la del militarismo, no la deseamos nunca. El sombrío silencio del pueblo ante las victorias alemanas, tan significativo que los mismos germanófilos no se atrevían a romperlo, caracterizaba por anticipado nuestra presente actitud. El regocijo de Buenos Aires propagado con instantánea celeridad a todo el país fué el de una ciudad beligerante. Nadie pen-

saba en la paz, ni es modo de celebrarla ese paseo de banderas aliadas al compás de la Marsellesa. Conscientes de nuestro destino pasado y futuro, celebramos como cosa propia el triunfo decisivo de la libertad. Continuaremos también celebrándolo. Porque la libertad y la justicia nos importan más que la paz. Este último bien, conseguido a cualquier precio, o bajo el dominio militarista, o a título de satisfacción mercantil, es un bienestar de esclavos. Es la paz neutralista más infame que la derrota.

Para demostrarlo, la prensa germanófila, que no es, precisémoslo, la prensa alemana, respetable sin duda en su actitud natural, siquiera ésta llegue a la violencia, desarrolla tres postulados contradictorios además de afligentes: 1.° Lo que el pueblo celebra es la paz y no la victoria. 2.° Quienes festejan son los residentes extranjeros de los países vencedores, no los ciudadanos nativos. 3.° El gobierno fué neutral, pero favorable a los intereses de aquellos países y especialmente a los Estados Unidos.

A ser verdad cualesquiera de estas afirmaciones, excluye las otras dos. Pero todas son falsas.

Queda dicho ya lo necesario respecto de la

primera. La segunda niega nada menos que la propia constitución argentina destinada a asegurar los beneficios de la libertad y de la justicia, no a los « ciudadanos » sino a los « habitantes » del país. Ese nacionalismo taimado y torpe es reacción mazorquera, alarde gaucho con cinta colorada. Y además es falso en la ocasión, pues la inmensa mayoría de los que manifiestan se halla formada por argentinos. Fueran más bien éstos los que pudieran alegar contra el susodicho postulado su flamante origen alemán.

También es insostenible el tercero. La invitación a la escuadra de Caperton no fué espontánea sino impuesta por la opinión, y el gobierno puso cuantos obstáculos tuvo a mano para deslucir su recibimiento.

En cambio, se contrarió sistemáticamente, como va a verse, toda la política wilsoniana.

A la liga de las naciones contra el despotismo, respondióse con el congreso de neutrales sobre el cual me permitiré traer a cuento que el 8 de octubre de 1917, en mi artículo «Sendero de Perdición», yo había dicho : « No tendrá el gobierno congreso neutral por la sencilla razón de que no concurrirá nadie ». Y véase una vez más quién deseaba con mayor franqueza el acierto del gobierno — que sigo deseándole.

La abolición de la diplomacía secreta, que es, quizá, el resultado más importante de la política internacional inaugurada por Wilson, fué contestada con la peregrina invención de una « nueva escuela diplomática » fundada en el misterio y en el personalismo antirepublicanos, garantidas por los cuales hemos visto concurrir sospechosas embajadas cuya anómala prolongación permitiría suponer laboriosos trámites...

Por último, la limitación de armamentos sólo supo inspirarnos, a pesar de la más ardua penuria económica, un aumento premioso de batallones en el ejército, la militarización de las policías y el proyecto de invertir ochenta millones en preparativos bélicos.

Es que el gobierno hallábase visiblemente perturbado por su creencia en el triunfo alemán. Acariciaba como una ilusión embriagadora la lugartenencia imperialista que le prometía cierta propaganda audaz. Una adulación desvergonzada como nunca, hacía el resto. El gobierno adoptó ante Wilson aquella oposición simétrica que constituye la rivalidad. La renuncia de nuestro embajador en Wáshington el mismo día de la victoria, prueba si tengo razón.

Lo deplorable, ahora, será que se obstine

en esa actitud, acobardándose ante el deber de rectificar que las circunstancias le imponen, pues ningún gobierno tiene derecho a equivocarse contra el país.

Porque sin duda el gobierno comprenderá que se ha equivocado. Que su neutralidad sólo podía autorizarla, ya que justificarla era imposible, el triunfo alemán.

Renovemos, en efecto, la doctrina recta para apreciarla mejor.

El individuo que ante el despojo y el asesinato de un débil — pongamos por supuesto un niño, una mujer, y hasta un pobre animal — no interviene para ayudarlo, aunque sea con su protesta indignada si más no puede, es un infame. La misma ley lo obliga a la denuncia so pena de tenerlo por cómplice. Si además de no hacerlo, declara que prescinde por conveniencia y que esta última consiste en asegurarse para luego un productivo comercio con la víctima, el criminal y los hombres honrados que acudieron en defensa de aquélla, calificaremos de monstruosa su conducta. Pero si un país procede exactamente lo mismo, aunque el crimen de nación a nación sea mucho más grave, ya esto resulta meritoria y hábil política ; y hasta parece que se transforma en fraternidad. No queremos pronunciarnos por

nadie, no nos indisponemos tampoco, y así practicamos la fraternidad que resulta un fenómeno comercial muy provechoso.

Aun cuando tal fuera, que no lo es, nos indisponemos con nuestra propia conciencia. Y esto también acarrea la ruina. El comercio es una actividad intermitente. La conciencia no. Esta es como la gota del adagio latino, y acaba por horadar la piedra del alma. Los treinta dineros de la leyenda famosa condujeron a la horca a Judas. Creyendo Judas ceñir los cordones de su bolsa repleta, se echó un dogal a la garganta.

Cómo llamamos a la desgraciada mujer que comercia con todos sin decidirse por ninguno ? Creemos, acaso, que a todos los ama, o sabemos que morirá en el abandono y en la ignominia porque a ninguno amó ?...

Así, prefiriendo el mal, es uno mismo quien se castiga. Porque el mal tiene su lógica como el bien, no porque haya o deje de haber dioses exorables que perdonen a su capricho.

Tal es de triste nuestra condición al llegar la grande hora en que cada cual recogerá según su siembra. Entonces, cuando nos traten como a almaceneros, o sea como lo que quisimos ser, no nos gustará ; porque nadie pone almacén para eso, sino para mejorar de con-

dición ; para ingresar « en sociedad », es decir entre la gente fina donde a pesar de cuanto se dice influye poco el dinero del patán. Pero ningún país puede pretender que le respeten sino aquello que él mismo se respeta. Y ya sabe cómo lo honrarán los otros cuando encarna su honor en un cuarto de novillo congelado.

Y todo esto vuélvese más terrible aun con los últimos acontecimientos.

He aquí que Alemania ingresa entre los pueblos libres de la doctrina wilsoniana, depone a su déspota, se dignifica con la revolución, tal cual habíamoslo pensado quienes queriéndole el verdadero bien la creímos siempre digna de ella.

Así, el 4 de julio de este año, cuando el despotismo parecía hallarse en su apogeo, dije en mi artículo « El Deber Americano », refiriéndome a la para mí infalible victoria de los Estados Unidos :

« Esta lección aprovechará sobre todo a la misma Alemania con la cual contamos siempre para la libertad, todos cuantos queriéndola redimida del militarismo, somos sin duda los verdaderos germanófilos. Ya nos lo reconocerán un día otros alemanes mejores y más numerosos que las veinte docenas de

nobles rapaces y asesinos a quienes aventará sobre sus propias alas de buitre el huracán revolucionario ». En aquel antedicho artículo del 8 de octubre de 1917, había escrito precisamente: « Disfrácese o no de paz, el fin de esta guerra tiene que ser la victoria ». Y poco después, cuando estallara en Kiel la insurrección de los quince mil marineros, celebré aquel movimiento con otro artículo que se intituló «Los Primeros Mártires», advirtiendo que la semilla allá enterrada no dejaría de lograrse.

Tal es el coronamiento de la victoria que previmos con la seguridad inquebrantable de nuestra fe en el triunfo de la justicia : cosa que es digna de mención porque autoriza a hablar con la claridad debida.

Por lo que respecta al elogio de los vencedores, quede para otra vez. Ellos comprenderán que en este momento han de embargar a los argentinos preocupaciones menos gratas. Por grande que sea nuestro regocijo humano, la posición desventajosa del país tiene que dolernos. Hemos quedado solos ante lo irreparable. Tan solos, que hasta de cómplices carecemos.

Lo bueno fué ponerse de su lado en la hora del riesgo, padecer con su dolor, llorar con sus

lágrimas, sangrar clavando en el corazón afligido, hasta el fondo de la entraña, el ancla de su fe; creer en la justicia, indignarse por los débiles, gritar uno, desgarrado en sollozos, su amor por los que padecían ; sacudir la antorcha del ideal en peligro cuando devorada por el adverso huracán quemaba la mano ; escupir su desprecio sobre ese oro maldito que comunicó a tantas almas su dureza y su frío ; afirmar la aurora en el último rayo de la trémula estrella; desmentir contra la misma evidencia el predominio del mal; exaltarse como un buen hombre ante el crimen filosofado por la pedantería atroz que es la hiena correspondiente a ese tigre; torcer en náusea aquellas apologías del asesinato con religión y con química ; soportar a los necios, ser leal a los vencidos, esperar en los muertos, honrar la libertad — eso fué lo bueno.

---

## La hora de la justicia

(Mayo de 1919)

---

Se ha hecho justicia en el mundo a la potencia injusta que atentó contra el derecho, ostentando la más monstruosa inmoralidad, para poner al mundo bajo su ley de fuerza. Ella misma había simplificado al extremo la definición de su conducta : « Hago lo que quiero porque lo puedo hacer ; y con tal que pueda hacerlo, esto me dará la razón valedera. De los compromisos que yo misma contraje cumplo lo que me acomoda y me reservo el derecho de efectuarlo lealmente o a traición. Porque mi victoria conformará la moral a mi conveniencia. He resuelto imponer al mundo mi cultura porque soy la más fuerte. Mis armas someten al juicio de Dios el derecho de las naciones. Y siendo yo la más fuerte, claro es que Dios está conmigo. Planteo a los débiles

un dilema bien claro: sumisión o muerte. Pues el derecho a vivir lo da la fuerza. Así la prepotencia natural se suma a la predestinación divina. Si Dios permitió que me hiciera la más fuerte, es porque habíame elegido para la dominación. Si la suma de mis dotes constituye una evidente superioridad, es porque soy una raza superior a las otras y debo dominarlas. Poder es querer».

Esta era como se ve la doctrina feudal del juicio de Dios que definía la razón por la fuerza. Y es lo que hoy sobrevive con el nombre de militarismo. Su defecto capital consiste en que no cuenta sino con la victoria. Es por excelencia un dogma de amo. Si la potencia que lo adoptó fracasa, con él mismo se habrá condenado inexorablemente; pues al revelar fracasando que carece de la fuerza justificadora, habrá perdido ante su propio criterio el derecho a la vida y la razón de la libertad. Conforme a su rígido dilema no le quedará otro destino que someterse o morir.

Aquellos que por maldad ingénita, oportunismo sagaz o admiración histérica de la fuerza bruta, adoptaron la doctrina, tienen a la vista sus consecuencias. Lo único que ha sacado el imperio militar más poderoso del mundo, es que su militarismo lo precipi

te al fondo más obscuro de la ruina y la humillación. No ha faltado para colmarlas — pues los déspotas nunca saben morir — ni la fuga vergonzosa de los amos de espada. El autócrata militarísimo, escapado a la muerte de la batalla que conceptuaba tan gloriosa para los demás, comparece reo de horca. Sus mariscales prefiguran con la escapatoria jesuítica que al triste pueblo engaña : « vencidos sin derrota », preparativos de prófugos.

Pero no es cierto. Están vencidos con derrota y con ignominio. Y lo que es mucho mejor, está vencido en esas imperiales personas el militarismo; pues al hundirse la máquina militar de Prusia, partiósele a él por mitad el eje de hierro. Vencido el militarismo prusiano, ya no hay ninguno que resulte invencible. Hemos descubierto a la vez los elementos de la victoria : se llaman justicia, libertad, humanidad. Aquello mismo que él negaba o menospreciaba. De tal modo este conflicto era una cosa definitiva.

Así, el tratado de paz tenía que imponer desde luego el desarme de Alemania. Hecho esto, falla todo el sistema. Los otros desarmes vendrán de suyo al poco tiempo. Inglaterra estuvo proponiéndolos con reiteración durante los años anteriores a la guerra ; y cuando

todas las naciones los aceptaban, el imperio alemán decía que no y seguía armándose. Los Estados Unidos nunca fueron una potencia militar y no lo serán tampoco porque el militarismo es invenciblemente repugnante a la democracia. Trescientos mil hombres es lo que piden ahora como ejército permanente sus militares. Méjico tiene más de cien mil. Nadie ignora los cuarenta años de estoico martirio que Francia soportó para evitar la guerra. Si no le bastaran, los ciento setenta mil millones de francos que a pesar de la indemnización van a quedarle como deuda de guerra se lo enseñarían. Porque ésta es otra lección de la tragedia: todos han perdido. Los armamentos cuestan más de lo que aseguran, y la victoria militar tiene por precio la ruina. A su vez Italia es otra democracia que necesita desarmarse por convicción y conveniencia. Suprimido el imperio austro-húngaro que le creaba la obligatoria precaución, el desarme constituye un resultado de la seguridad. Pues conviene no olvidar los términos relativos del militarismo europeo anterior a la guerra. Los dos imperios germánicos imponían aquel sistema que era su estado natural, puesto que se trataba de dos autocracias militares. La unidad de uno y otro basábase en la conquista

de las llamadas « tierras imperiales », que fueron la Alsacia-Lorena y la Provincia Militar formada por los Habsburgos en Croacia. Sus industrias de guerra florecían más poderosas que en cualquier otro país. Así dominaban y mantenían el militarismo que los otros estados debieron aceptar para precaverse contra nuevas conquistas como la que había mutilado a Italia, dado que aquellas poderosas naciones reconocían por única ley la fuerza. El desquite con que soñaban los despojados era también una consecuencia. Si aquellas sendas unidades germánicas « necesitaban » de la conquista para subsistir, no menos « necesidad » experimentarían los expoliados de recobrar lo suyo. En cuanto a Rusia, irremediablemente despedazada, o no contará para la guerra, o seguirá dependiendo de Alemania por medio del maximalismo.

Tal es la primera consecuencia excelente del tratado de paz. Y cosa singular : el beneficio empieza por Alemania. Es ella quien va a librarse primero de la plaga horrenda que la aniquiló, al quedarse sin ejército y sin escuadra. Esto que le quitan vale ya más que el dinero que le cobran. De otra cosa maléfica la alivian con las tierras ajenas que le obligan a devolver. Pues en esa iniquidad prosperaba el milita-

rismo que la ha perdido. Despojar abusando de la fuerza y convertir en punto de honra la conservación del despojo : he aquí el procedimiento del militarismo para convertir la infamia en gloria. El despojo, se dice, es « suelo sagrado de la patria ». Sí ; pero antes era suelo no menos sagrado de otra patria, y existe todavía una cosa mejor que la patria, que es la honradez ; siendo esta virtud y no otra alguna la que confiere dignidad al hombre y a la patria. Patria que roba es cuadrilla grande de bandoleros.

Si tal no fuere, si conforme a los dichos del farsaico gobierno de Berlín, tratárase de una despiadada paz de fuerza, los imperialistas alemanes que forman ese gobierno, tanto como sus aliados germanófilos, asistirían pura y simplemente a la aplicación de su propia doctrina. La posesión de la fuerza conferiría a los aliados el derecho ; y esa apelación a la equidad no resultaría más que un aspaviento impúdico. Pero ni es así, ni la indignación proviene de las exigencias, sino de que el tratado comporta, para bien de Alemania, la quiebra del socialismo oficial. No era el káiser peor, a fe, que ese gobierno mestizo de socialistas y de condes, de políticos rojos y de mariscales tronados.

Con ello, además, Alemania se libertará de Prusia que era el siniestro demonio del militarismo. Entrará a la liga de las naciones renegando la barbarie feudal que encarna el dogma de fuerza ; y la justicia de las naciones le habrá impuesto a filo de espada, puesto que de otro modo no quería entender, su incorporación necesaria, indispensable -mejor dicho, para el éxito de la civilización en la libertad.

Pero dije barbarie, y esta vez lo quiero explicar por lo mucho que me lo han reprochado.

Efectivamente, la cultura europea actual tiene una formación progresiva de quince siglos, si contamos hasta el V la existencia de la greco-latina que arruinaron los bárbaros. De aquí un nivel espiritual sensiblemente uniforme y visiblemente apreciable en el progreso del derecho. Pero mientras durante el siglo XIII florecía en Francia la magnífica civilización de las catedrales góticas ( para citar sólo el término de comparación más significativo ) Prusia era un país bárbaro habitado por tribus que desconocían la agricultura y promediaban con una rudimentaria metalurgia la industria prehistórica de la piedra partida, y adoraban fetiches zoolátricos o arbóreos, honrándolos con sacrificios humanos, y *habitaban cabañas de tierra, y*

computaban el tiempo por medio de nudos semejantes a los quipos del Perú. Contra ellas se predicó en 1217 una cruzada que iniciaron los polacos, sajones, noruegos y livonios, y que sólo consiguió reducirlas a fines del siglo XIV.

Su formación espiritual cuenta, pues, ochocientos años menos de civilización, explicándose así la petulancia brutal, la inmoralidad grosera, la admiración de los grandes bárbaros como Teodorico y Atila en quienes se decía el káiser anticipado, la ciega incomprensión reaccionaria, el rudo fanatismo, el colectivismo tiránico de los promotores de la guerra. En la vida salvaje cuenta la tribu y no el hombre. Es la civilización lo que exalta al individuo emancipándolo, con la conciencia y los medios materiales que le da para ser dueño de sí mismo. Las civilizaciones más altas son individualistas. Así la griega, la italiana del Renacimiento, la francesa, la inglesa y la anglo-americana de nuestros días.

Además de esto, la desunión, también característica de los bárbaros, sólo cesa cuando los mueve el único interés común que ellos pueden concebir y que es la conquista : fenómeno conocido en todas las razas de aquella condición. Así toda unidad germánica crea

el vínculo federal por medio de una presa común llamada «tierra de imperio»: una cosa material y ajena que dé realce palpable a su poderío; mientras para el anglo-sajón la unidad es un concierto de entidades libres, y para el latino un estado espiritual.

Por ello salió de los Estados Unidos cuya democracia concilia aquel concepto práctico de la libertad con este idealismo, la segunda cosa excelente del tratado de paz que es la liga de las naciones. No ha resultado ella, en verdad, la cosa perfecta de los discursos; pero los principios que logró establecer dan otros tantos fundamentos a la nueva civilización. Sólo con haberse constituído, ya reconoce la política de la humanidad que así comienza su realización positiva; pues de ahora en adelante quédanle encomendados el desempeño y la custodia de la justicia y de la paz, que no serán bienes de esta o de aquella nación, sino del género humano. Ello ha empezado por abolir el último absolutismo, o sea el de la soberanía nacional, imponiéndole la razonable limitación que comporta para toda potestad la convivencia civilizada. Pues de no tener límites aquéllo, resultaba irremediablemente defectuosa la civilización, perpetuando en el derecho discrecional de «apelar a las

armas » la barbarie de la guerra. El objeto evidente de incluir la liga en el tratado de paz es impedir que ninguna de las naciones triunfantes abuse de su victoria.

Si los individuos por el hecho de asociarse ya se limitan mutuamente, y con gusto lo soportan, al resultarles más ventajoso que perjudicial este sistema, igual tiene que ocurrirles a las naciones compuestas de individuos así asociados. La soberanía nacional absoluta prorrogaba, pues, un estado de barbarie que el militarismo sostenía a su vez, naturalmente. Con lo cual el fracaso militarista resulta esencial otra vez al progreso de las naciones.

Aplicando a éstas una conocida máxima de Alberdi, podemos decir que no serán ya soberanas sino de lo justo. (1) Es innecesario encarecer la importancia que esto tiene para las débiles ; y el hecho de que lo haya implantado como condición capital la más fuerte de todas, equivale a establecer en el mundo una religión laica de justicia y de bondad. Gracias a los Estados Unidos, el hombre va a conseguir lo que los dioses no pudieron.

Y aquí tiene lugar la tercera cosa excelente

---

(1) « El pueblo no es soberano sino de lo justo ». Alberdi, *Fragmento Preliminar al estudio del Derecho.*

del tratado: la acción monitora de América sobre la nueva humanidad. El mundo sin reyes redime al viejo mundo ensangrentado por los amos malditos, embrutecido por los dioses peores. La tierra de la esperanza, donde los derechos son del hombre, no del gobierno, y donde el ciudadano vale más que el estado, fructificará en justicia, en libertad, en perdón para la Europa fraternal donde agonizan los monstruos de la superstición y del militarismo, engendrando de su sangre, conforme al símbolo profundo de la tragedia, la euménide fatal que marcha a su exterminio con la siniestra ceguedad de los ojos que le sacaron.

Para eso procuramos que el país ayudara cuando era tiempo, entreviendo con una perspicacia relativa que podemos recordar sin vanagloria, la trascendencia de los hechos por venir.

El país no quiso hacerlo, prefiriendo la paz del limbo que es por cierto la región neutral, a la aspereza del camino glorioso; y cada vez más notaremos, porque estas cosas van siempre con lentitud, cómo aquella deserción nos pone de suyo entre los vencidos. La política que adoptó por seguro el triunfo alemán fué derrotada junto con Alemania.

Comprendo que esta advertencia resulte

ingrata y la evitaría en resguardo de mi tranquilidad, si no creyera que el país corre peligro abandonándose a la inercia. Es ahora cuando entramos a necesitar una vigilancia más inteligente, un tacto más delicado para intervenir en la política continental. El panamericanismo va a reorganizarse con vigor y nuestra situación es desventajosa. Me gustaría ver a la gente un poco más preocupada de la nación que del nacionalismo, de la Argentina que de la argentinidad. El patriotismo lleva en su índole la serenidad profunda de los grandes amores. Así le viene la clarividencia valerosa, como un don interior, no como el mixto a la yesca. Que alma tranquila y ojo de león se alumbran por dentro.

Pero mientras cuidamos el porvenir, apreciemos con regocijo la cuarta cosa excelente que contiene el tratado.

Es ella, por primera vez en la historia del mundo, el reconocimiento del trabajo como una potencia de las que van a sostener la nueva construcción de justicia y de paz. Y no así a título de concepto idealista, de aspiración generosa, sino mediante el reconocimiento de principios cuya efectividad garantiza el documento más solemne de la historia. Muchos de ellos costaron ayer no más

sangre y lágrimas en nombre del orden social. Su aceptación demuestra lo que éste ya ha cambiado. El trabajo del hombre deja de ser así un mero « factor económico ». Define, por el contrario, la humana dignidad, como la libertad, como el raciocinio. Y en esto también nos hemos quedado atrás. Seguimos perteneciendo al pasado.

Mas he aquí que ocurre un fenómeno de apariencia curiosa. El partido político que se llama defensor del trabajo, declárase contra las democracias victoriosas, haciendo causa común con la potencia vencida. Reproduce el espectáculo del maximalismo ruso, vástago extremo del mismo tronco, al fin, y protesta furioso contra la injusticia que el tratado de paz impone a Alemania. Durante la guerra no había chistado contra los que Alemania impuso ; y al contrario, cada intento de paz germánica concebido por el militarismo alemán sobre la consabida base de impunidad que comportaba el logro del crimen, tuvo asegurada su colaboración presurosa.

Denunciando yo a « los agentes de la paz germánica » (1) con motivo del fracasado congreso de Estocolmo, había dicho : El socialismo

(1) *Mi Beligerancia*, capítulo final : « Los agentes de la paz germánica ».

es un invento alemán que el imperio usa cuando le acomoda, y que fué antes de la guerra su instrumento más activo de espionaje y de traición. Está más cerca del militarismo, organización colectiva al fin, que de las democracias individuales. Es el reverso de la organización imperial: vale decir la misma cosa invertida.

Pronto el maximalismo ruso debía probarlo hasta la evidencia. Pues « maximalismo » significa por definición aquella rama del partido socialista que intenta aplicar el programa completo, o máximo, formulado por Marx; con lo que esos de Rusia llamábanse los « marxistas » por excelencia. Sónlo en efecto; y la dictadura del proletariado que aplican, es el dogma en acción prescrito por el apóstol, al paso que demuestra la incapacidad de los políticos alemanes para concebir nada, ni aun la libertad, fuera del militarismo. La dictadura, sea militar o proletaria, resulta en verdad el mismo régimen de absolutismo y de fuerza bruta.

Así quedó transformada en aventura política con sello alemán la revolución rusa que todos los hombres libres celebraran, desde el obrero iletrado a Wilson el Justo: movimiento tan lleno de trágica santidad, que esos mismos

hombres prefiérenlo sin ambages al zarismo infernal, no obstante su rencoroso extravío. Pues lo que vale efectivamente en Rusia no es el maximalismo sino la revolución. Entonces oímos a la política socialista reproducir su argumentación germanófila: todos eran igualmente culpables; el resarcimiento que se impusiera a Alemania por su obra de destrucción, resultaba maniobra capitalista; y dicha nación, con declararse república sin dejar de ser imperio, a manos de los mismos socialistas agentes del emperador, ya quedaba lista para ingresar igualada en la liga de las naciones. Todavía más: a Alemania no la habían vencido las democracias aliadas ni el genio francés, sino aquella revolución que fuera precisamente un resultado de la derrota.

Si alguna corroboración se necesitara todavía, he aquí que acabamos de oir los mismos argumentos en la reaccionaria boca del conde Brockdorff-Rantzau, agente de la república socialista alemana ante la conferencia de la paz. Ello demuestra que los «vencidos sin derrota» necesitan perder esta última ilusión militarista, y que nada sería tan pernicioso para la futura Alemania libre como las concesiones otorgadas bajo esa suposición.

Aquellos políticos, empeñados en salvar a toda costa el Vaticano socialista, no quieren ver que si Alemania quedara desobligada de resarcir, y al propio tiempo industrialmente incólume, según se halla, saldría vencedora sobre las naciones deshechas y saqueadas como Francia y como Bélgica. Despechados por no ser ellos quienes hacen la paz como habíanse propuesto después de su fracaso para evitar la guerra, abominan de la sanción necesaria que triplica este desgraciado accidente, tres veces fracasados en efecto ante la política, la patria y la lealtad.

Pues, con todo, la quinta cosa excelente del tratado de paz es su justicia. Cuánto exige, con ser enorme, es tan inferior al daño causado, que basta recordar la deuda de guerra subsistente para los países vencedores. Pero esa deuda, tanto como los irreparables detrimentos de la muerte y la mutilación, son el precio de la barbarie redimida. Que así este conflicto humano realiza una especie de inexorable solidaridad. Por ello no lo entienden los aristócratas ni los políticos alemanes, pero sí el pueblo desengañado que quiere y que impondrá esa paz.

Háblase, por ejemplo, del peligro de muerte que comporta para los niños alemanes la res-

titución de ganado vacuno exigida entre las condiciones. En el banquete con que celebramos el triunfo belga, yo pedí compasión para ellos al otro día del armisticio. Pero es que si los niños alemanes van a morirse de hambre a consecuencia de aquella restitución, hace casi cinco años que se están muriendo los niños belgas y franceses dueños de aquel ganado, por causa del despojo. Tengamos el coraje de la justicia, más difícil a no dudarlo que la blandura del perdón.

Tremenda justicia en efecto. Tremenda, pero nunca tanto como el crimen que a la expiación entrega. Porque no debe olvidarse que la justicia tiene por fundamento aquel postulado racional en cuya virtud todo hecho produce consecuencias inevitables. Eso es lo que se jactaba de eludir con insolencia el militarismo, y lo que, por tanto, más interesa a la humanidad que se cumpla. Y que se cumpla por mano de hombre, no por obra de Dios, demasiado tiempo cómplice de los reyes.

Y el tratado contiene una sexta cosa excelente que es el triunfo de Francia. De él sale ya su alianza con Inglaterra y con los Estados Unidos, única preciosa condición que ha de permitirle desarmarse en seguridad. Pues ella combatió por todos nosotros. Y así

Francia es ahora del mundo, a causa de que Alemania, para dominar al mundo, quiso borrarla de su haz. Su justicia está bien puesta. La empuña al modo de 1793 la mano jacobina del sublime viejo, que yo solía estrechar en los dulces tiempos de mi París de belleza. Y he aquí que al recordarlo siento como si acendrara mi ternura viril aquella pureza que endulza al hierro. Sin una sombra, siquiera fuese legítima, de egoísmo o de interés, nuestro esfuerzo personal se confunde como la hoja imperceptible en la palpitación del árbol inmenso. Y nada hay más bello que oir nuestra voz filial apagándose — *¡ allons enfants !* — en el prorrumpido orgullo de los clarines de la gloria.

———

## Ante las hordas

(4 de Julio de 1919)

---

Europa tiene tres puertas por donde puede invadirla y la ha invadido el Oriente más de una vez: las dos marítimas de Gibraltar y de los Dardanelos, y la terrestre y mucho más amplia y fácil que forma la llanura rusa del Dnieper, dilatada sin obstáculos, o casi, hasta el antiguo Turkestán de las hordas. Las guerras intestinas de los bárbaros y de las sectas cristianas abrieron la primera a los árabes en el siglo VIII, asegurándoles la conquista de España. Jerjes entró por la segunda que le franquearon los griegos divididos a muerte, en significativa coincidencia con el primer ataque cartaginés contra Sicilia; y los turcos del siglo XV repitieron la operación favorecida por las discordias teológico-políticas de Bizancio. Dos veces quedó también

abierta la tercera al empuje de las hordas tártaras que asolaron la Europa medioeval: en el siglo V, cuando la guerra civil producida por los cismas cristianos debilitó el poderío de Roma, y requiriendo el auxilio de los hunos atrajo a Atila que era un cosaco del Volga; y en el XIII, cuando las sanguinarias querellas del feudalismo ruso facilitaron el ataque del mongol Baty, que además de la inmensidad eslava llevóse por delante a Polonia, Hungría y Silesia, fundando al refluir el bárbaro imperio de la Horda de Oro cuyo dominio sobre Rusia fué de doscientos años.

Los acontecimientos que eslabonan dicha calamidad no pueden ser más instructivos en la ocasión. Sólo treinta y dos años habían transcurrido desde que los cruzados, al saquear Constantinopla (1204), suprimieron con aquella otra guerra entre cristianos la barrera que el Imperio Bizantino, siquiera decadente, oponía por su prestigio y su magnitud al desbordamiento de la barbarie. Los dos siglos que duró la Horda de Oro terminan precisamente con la caída de Constantinopla en poder de los turcos, gente del mismo origen. Pues, en efecto, aquella conquista allanó el camino a esta otra. Tal es el panorama histórico que sólo deseo esbozar para la más

clara percepción de sus líneas, así como lo hiciera en 1912 con el de la guerra balcánica, deduciendo por él, según recordarán mis lectores, la fatalidad inminente de la guerra europea. Si la historia sirve de algo, en eso consiste su utilidad.

El atento examen de lo que pasa al concluir esta nueva y como nunca destructora guerra entre cristianos, sugiere la posibilidad de que Europa sufra otra vez el ataque de las hordas por el mismo punto. La desaparición de Austria y Turquía renueva el desastre bizantino. Rusia se halla como entonces devorada por la guerra civil y el ejército maximalista ha enrolado chinos en gran número. Vuelve a quedar abierta por la discordia aquella Hungría donde, coincidencia singular, gobernaba el rey Bela IV, que no pudo contener la invasión. Alemania está en iguales condiciones de anarquía, sin fuerza propia como entonces para oponerse a un avance parecido. Pues lo cierto es que si, a semejanza de nuestros malones, el ataque de aquellas hordas no ceja espontáneamente, harto de botín y contenido por el mar como toda barbarie de tierra adentro, la Europa central sucumbe. Ya estaba, en efecto, dominada la costa báltica que también hierve ahora de guerra civil, la navegación

escandinava se suspendía y la propia Inglaterra aguantaba una crisis de su comercio marítimo, a causa de que por doquier considerábase perdido el mencionado centro continental.

Por otra parte, las hordas están ahí como entonces, en el mismo estado moral y sufriendo iguales miserias conducentes a una idéntica ilusión de saqueo. Constituyen vanguardia de las multitudes innumerables que forman el mundo chino. La influencia que sobre ellas ha ganado el Islam es otro elemento de orientalismo hostil. Grandes masas de turcos anarquizados irán a engrosarlas, no tardando en recobrar a su contacto las mal atenuadas tendencias originales. La propia organización política y territorial de la China, que prácticamente es un socialismo milenario, facilitará su vinculación con el maximalismo ruso, acentuándola todavía el sistema republicano ahora vigente en aquel país. Pues aunque la China tártara se diferencia mucho de la central, o clásica, si se permite la expresión, el espíritu colectivista es en ambas semejante, al paso que la primera se conserva belicosa y movediza. El famoso « peligro amarillo » está, pues, ahí ; siendo curioso que el debilitamiento general de Europa ante su siempre posible agravación, lo haya causado con la guerra

que provocara el káiser alemán, tan preocupado de eso según decía. Es característica en el despotismo la ineptitud para interpretar las lecciones de la historia, y ello no debe extrañarnos, porque se trata de una enfermedad: una demencia que, fatal como todas, insiste en las mismas direcciones con pertinacia irracional, facilitando así el seguro diagnóstico. La locura del dominio universal, que enajene a Felipe II, a Napoleón o a Guillermo, adopta siempre el mismo plan conducente a idéntico fracaso.

El estado moral en que van a hallarse los pueblos, y que ya nos muestran en los países vencidos, contribuirá grandemente al éxito del ataque si se produce: invencible cansancio de combatir, sobreviniente a toda larga guerra; exasperación consiguiente de las querellas intestinas: Lenin define al maximalismo como un vasto programa de guerra civil; odio a las instituciones sociales cuya progresiva inadecuación las torna cada vez más tiránicas, infundiendo una especie de funesta simpatía por la conquista destructora: los cristianos del siglo v vieron en Atila el «azote de Dios» que debía castigar la iniquidad romana; predominio del espíritu sectario sobre el patriótico, según debe esperarse en multitudes

envilecidas por la inmoralidad teológica que el cristianismo fué y es; menosprecio de la vida, harto miserable para estimada...

Semejante contingencia histórica importaría para América la ratificación de aquel destino manifiesto que a mi entender patentízase en la unidad conceptual y práctica de su libertad, su justicia y su derecho, inaugurando desde la emancipación por ella definida una nueva civilización sobre la tierra. Fundándola en los derechos del hombre, que así, por ser hombre, resulta nuestro conciudadano, hicimos efectivamente posible la existencia simpática de la humanidad. Empezamos a reconstruir el mundo fraternal cuya fundación iniciaron con éxito desgraciadamente interrumpido, el helenismo y la latinidad paganos, contra y sobre el aislamiento medioeval que del feudo salteador engendrara a la nación bandida, tornando sinónimos el derecho y la fuerza. A la ilimitada soberanía, que es antisocial de suyo, opusimos la solidaridad transformada en victoria por Bolívar y San Martín, y definida por Monroe en doctrina. Así pudieron coexistir igualmente soberanos El Salvador y los Estados Unidos. Y esta última nación, con la clara inteligencia de las cosas que siempre poseyera,

asumió la responsabilidad correspondiente a su categoría, tomando por suyo el resguardo de la independencia continental. Para las otras que a ese amparo pudieron constituirse, sin que el trágico proceso de efectuarlo las pusiera, debilitadas, a merced de los déspotas europeos, conforme lo demostraron repetidos conatos, la cooperación con la gran república era un caso de honradez, de conveniencia y de lógica política en la comprensión, por cierto evidente, de su propio destino.

Cuando aquélla intervino en el conflicto europeo, ratificando y amplificando también para el mundo entero la doctrina solidaria, puesto que con participar de aquél ya entendía haber fundado la liga de las naciones a la cual sometió por consecuencia la organización de la tierra transformada, los pueblos americanos que eludieron su compañía obraron, pues, contra el interés común, y fueron ignorantes y retrógrados: porque prefirieron el aislamiento medioeval, que aun en el colmo del poderío resultó funesto a los imperios centrales, el espíritu de la Conquista a la tradición de la Independencia. Podemos entonces afirmar que dichos pueblos padecían una crisis reaccionaria, aun cuando fuera de carácter demagógico según acá ocurría, y así lo de-

muestra su actitud igual a la de España dominada por influencias militaristas y clericales.

El triunfo de los aliados impone ahora la paz de América puesto que ella se funda en la liga de las naciones por América concebida. En dicha asociación, prefigurada por el panamericanismo, no sólo cabe este último, sino que resulta naturalmente destinado a salvarla cuando peligre, asegurando así el éxito de la nueva civilización. Y como ello reporta al presidente Wilson la más alta gloria entre los hombres, los políticos que le son contrarios afectan no entenderlo, sacrificando a sus mezquinas pasiones la integridad de semejante obra. Lo más importante del tratado de paz, es a no dudarlo la liga por sí sola, y doblemente por la ejecución que se le encomienda : pues así quedará inaugurada la nueva civilización en el hecho y en el derecho.

La tentativa de aquellos políticos es, pues, reaccionaria, y a semejante panamericanismo no lo aceptaríamos jamás, dado que vendría sencillamente a constituir el imperialismo de los Estados Unidos. Estos resultarían, así, la nación retrógrada, transformando su salvaguardia de la independencia continental en un derecho discrecional de conquista. El triunfo de esos ensoberbecidos militaristas y

plutócratas asestaría al panamericanismo un golpe de muerte.

He aquí cómo a todos los pueblos de este continente interesa apoyar el americanismo wilsoniano, que aduna el más alto destino de América y el resguardo de la civilización. Todavía estamos a tiempo para comprender, y los más tardos no pueden ya conservar ilusiones ante la aceptación de la derrota por el vencido Imperio Alemán. Permítaseme recordar que el 18 del pasado mayo dábalo yo por hecho sosteniendo la justicia del tratado. « No lo entienden, dije, los aristócratas ni los políticos alemanes, pero sí el pueblo desengañado que quiere y que impondrá esa paz ». La lógica de los sucesos sigue, pues, favoreciendo mis presunciones.

Mas no lo menciono por esto, sino por algo mucho más importante. Algo en que ya debemos empezar a definir la solidaridad del nuevo orden de cosas, poniéndonos de acuerdo con los otros países americanos.

Anúnciase, efectivamente, el propósito de emigrar al nuestro que abriga una considerable masa de alemanes, entre los cuales contarían desde el obrero al general prófugo. Nada tendríamos que oponer en circunstancias normales, y no es dudosa la calidad supe-

rior de la inmigración alemana. Entra en el alto propósito de concordia humana definido ya por el primer manifiesto de la Junta de Mayo, pues fué realmente el concepto fundamental de la revolución, y sobre él nos constituímos luego, que esos hombres, agobiados por tan hondo infortunio, vengan a rehacerse aquí una patria.

Mas si el noble idealismo no ha de excluir como no excluye la apreciación exacta de las cosas, forzoso es considerar que la inmigración alemana en masa puede traernos aparejados serios peligros.

Una tenaz y minuciosa educación ha conformado al pueblo alemán con tanta estrictez sobre el patrón militarista, que si esa inmigración acudiera en masa vendría regimentada seguramente. Sabemos por cuenta propia cómo aprecia el militarismo vencido, sí, pero no anulado, los deberes de la hospitalidad. Continúa aquí funcionando, lo cual es significativo, aquel mismo aristocrático personal de la legación donde operaba el famoso conde, bajo la inolvidable complicidad de Suecia. La actual república socialista alemana que lo sostiene, en fuerza, sin duda, de ser imperio a la vez, no ha derogado tampoco aquella ley de traición sistematizada

por la cual los alemanes pueden adoptar la ciudadanía de cualquier país sin perder la propia. Esta doblez continúa inspirando, según se advierte, toda la política del imperio-república, y el reciente apisodio de Scapa-Flow, celebrado allá como un acto heroico, es prueba sobreabundante.

Esa funesta conformación moral, encarnando en el emperador la patria, explica bien, me parece, cómo el gobierno socialista de la bastarda república autoriza su última resistencia al tratado de paz con el proceso de aquel déspota, cuando debía facilitarlo más bien o emprenderlo por cuenta propia. Ello demuestra que no conciben la existencia sin kaiser, y que siguen poniendo en el militarismo sus esperanzas supremas. Así queda desenmascarada la superchería de esa república puramente ocasional, y demostrada todavía mi constante afirmación de que el socialismo congenia más con la monarquía que con la democracia, al ser ambos formas del colectivismo despótico. La dictadura proletaria es la substitución de la dictadura nobiliaria bajo una misma tiranía permanente: ideal de esclavos, que como es natural debía nacer en una autocracia militarista. Pues el socialismo, no hay que olvidarlo, es un invento alemán.

Un invento alemán aprovechado para la guerra bajo las formas hoy evidenciadas del espionaje y de la traición que según se ve no cesan. Así como los cristianos del siglo v invocaban a Atila contra su propio país, y en virtud de la solidaridad sectaria abrían las fronteras a la barbarie del Norte, el socialismo reniega ya de la victoria conseguida sobre la autocracia germánica, prefiere que para dejar impune a la farsaica república, aun cuando es visiblemente el mismo imperio de ayer, las naciones que éste invadiera queden devastadas sin reparación, los antiguos salteos de Polonia y de Italia reconocidos, el crimen igualado con la inocencia ; y mientras colgaría de un árbol a Wilson o a Clemenceau, aseguraría a Guillermo II un honorable retiro. El embrutecimiento sectario nos retrograda así al tiempo de las hordas. Las plebes siniestras, enceguecidas por él, son ya otras tantas hordas en potencia de irrupción.

La masa regimentada que suponemos, hallaría aquí la misma traición socialista dispuesta a favorecer sus conspiraciones ; importaría en grande escala el maximalismo que, recuérdolo una vez más, es el marxismo perfecto : cosa germanísima si las hay ; acentuaría el carácter germanófilo con que la neutralidad

nos presentó ante el mundo, provocando la sospecha de las naciones victoriosas; intentaría fabricar aquí la Nueva Alemania del desquite, acentuando nuestro aislamiento ya tan grande, cuando más necesitaríamos vincularnos con aquéllas.

Mucho me temo que nuestro fatalismo optimista y jactancioso, unido a las tendencias germanófilas del gobierno, desatienda este asunto capital. Pero un detalle, siquiera, merecería especial consideración: el impedimento de entrar, legislado con urgencia si precisa, para los nobles, los sacerdotes y los militares de profesión. Eso requiere, como se ve, una política tanto interior como externa, y tan importante que podría por sí sola motivar un congreso panamericano.

Ello me parece además de grande urgencia por otro motivo: América necesita eliminar toda causa de discordia ante la misión que el destino le depara. Es menester arreglar conforme a justicia las cuestiones entre Chile y el Perú, entre Colombia y los Estados Unidos, que son las más delicadas por ahora, sin perjuicio de ir poniendo en revisión definitiva todas cuantas creamos ocasionadas a conflictos. Si según el concepto rivadaviano que nunca me cansaré de repetir, la gran República

del Norte es quien « por su antigüedad, su civilización y capacidad preside la política del continente americano » indudablemente le corresponde iniciar con su debida satisfacción a Colombia la ratificación justiciera de aquel alto cometido. La liga panamericana reforzará así, en armonía concéntrica, a la liga de las naciones, como el sistema planetario asegura el equilibrio de la estrella central, para salvarse salvando a la civilización en las horas siniestras que se avecinan. A semejanza de los paladines que tomaban por empresa la justicia, debemos arreglar nuestra conciencia la víspera del combate. Aquella conciencia tranquila que brillaba más que el sol en las espadas de tan limpios caballeros como Washington y San Martín.

Al propio tiempo habrá que resolver con intrepidez los grandes problemas de justicia humana cuyo fundamento material consiste en la posesión de la tierra por el hombre: que el hombre, « rey de la creación », no resulte por siniestra paradoja esclavo del hombre, sino dueño como cualquiera y como todos, y en consecuencia trabajador y usufructuario del bien común de la tierra. Países como éstos, donde hay más tierra que hombres, son los que pueden hacerlo sin violencia, realizando la per-

fección de la patria. Pues sólo resultará perfecta aquella patria de la cual sean efectivamente dueños todos los ciudadanos. Si la patria es una realidad territorial, deben poseerla realmente todos sus hijos. Y esto no es un ideal de comunista, sino una declaración legal formulada hace más de dos mil años por Tiberio Graco caballero de Roma.

Entretanto, es de advertir que los argentinos tenemos en el continente mala fama de petulantes y egoístas. Gente vocinglera, y ésta es por desgracia la que se hace más oir, blasona para nuestro mal un militarismo de afligente pedantería ; el neutralismo germanófilo de la vez pasada acentuó la impresión, como que es de la misma cepa. Así hemos quedado mal ante la opinión pública de los Estados Unidos, Italia y Francia, o sea, en estos dos últimos casos, los únicos grandes países que saldrán incólumes del próximo desbarajuste europeo, al ser también los únicos entre aquéllos donde nadie quiere ser otra cosa que italiano y francés. Entonces necesitamos cambiar de rumbo : mejor dicho recobrar nuestra orientación.

Si espiritualmente pertenecemos a la latinidad, tenemos que ser políticamente americanistas con los Estados Unidos. No hay en

ello incompatibilidad alguna. Tengo dicho ya que la constitución de aquel país, y la nuestra por consiguiente, concilian el idealismo latino de la libertad con el realismo anglosajón, o inteligente empirismo de su ejercicio. Eso es lo que nos corresponde guardar, realizando cada uno lealmente su parte. No estaban mal, sino al contrario, los argonautas en compañía de Hércules. Y cuando conquistaron el famoso vellocino que simbolizaba la áurea realidad de una nueva civilización, tanta honra le cupo al remero que ludía el tolete y al mareante que piloteaba, como al estupendo batallador de los monstruos. Hendía la nave audaz lo profundo de la sagrada noche, con su estrella en la proa. La rueda del zodíaco giraba en su codaste dándole rumbo, y al ritmo de la lenta mar que parecía acostarse con el cielo, tal cual si renovara el misterio copulativo de las cosmogonías, el gigante generoso, abierta su alma al consuelo de la frescura, lavada su frente de bronce por el agua de la serenidad, celebraba la empresa común cantando en la lira.

———

# ÍNDICE

